Toda la correspondencia al Director

Telefono 1113

Vida Nueva

No se devuelven los originales

Telegramas: Vida-Nueva, Madrid

Núm. 10 — **Oficinas: San Agustín, 10.—Madrid** — **14 Agosto, 1898**

Al Sr. Arzobispo de Sevilla

«Ha empezado á publicarse »en Madrid un semanario que »se intitula VIDA NUEVA, »en cuya redacción figuran »escritores ó periodistas muy »conocidos, y algunos de re»nombre, y en el que colabo»ran sabios y letrados que »tienen la reputación de fie»les católicos.

»Sin embargo, ese periódico »en los pocos días que cuenta »de existencia ha demostrado »tendencias nada tranquili»zadoras para los amantes »hijos de la Iglesia, porque ha »atacado á las Órdenes reli»giosas, hermosa creación del »espíritu cristiano, á la que »son deudoras de grandes ser»vicios la causa de Dios y la »causa de los pueblos, ha com»batido la autoridad pontifi»cia, centro de unidad y de »vida de la sociedad católica, »y poder benéfico, tan enemi»go del despotismo cesáreo »como de los instintos de las »muchedumbres anárquicas, »y ha sostenido fábulas que »há muchos siglos fueron »objeto de anatema.

»No pueden llamar sin duda »alguna la atención de nadie »en estos tiempos, en que tan»to se escribe, y tan poco se »respeta por los escritores el »dogma y la moral católicos, »la aparición de un periódico »de la índole y condiciones »del que nos ocupa, y Nos »animamos, persuadidos de que »es imposible á los Prelados »emitir su juicio sobre cada »publicación nueva que sale »á luz, habríamos guardado »silencio acerca de ésta, con»tentándonos con recordar »las reglas que sobre la lectu»ra de los diarios y revistas »periódicas dimos en otra oca»sión, si las especiales cir»cunstancias de VIDA NUE»VA nos obligaran á seguir »otro camino.

»Porque es fácil que al en»contrar entre los redactores »ó colaboradores de la citada »revista nombres, que se tu»vieron siempre por irrepro»chables desde el punto de »vista religioso, imaginen al»gunos que VIDA NUEVA »pueda ser un periódico de »criterio literario y científico »muy libre y muy amplio, »pero de ninguna manera »anti-católico; y que sirvién»dole de pabellón, que cubra »su mercancía, esos nombres »le abran las puertas de su »hogar, devoren con fruición »sus artículos, y permitan »que los lean sus hijos y sus »dependientes.

»Y como el mal en estos ca»sos, una vez hecho, suele ser »irreparable, ó punto menos, »porque la idea que se intro»dujo en la cabeza del niño ó »el joven, la pasión que se »despertó en su corazón, los »horizontes que se abrieron »ante sus ojos, frecuente»mente se apoderan de su ani»mo, de suerte que lo sojuzgan »y lo enloquecen; y como has»ta en el adulto y el anciano »frecuentemente ejercen las »malas doctrinas una influen»cia funesta, nos ha parecido »que debíamos dar á nuestros »diocesanos la voz de alerta, »para que no lean ni dejen »leer á los suyos la revista »VIDA NUEVA, sino antes le »cierren decididamente la en»trada en su casa, seguros de »que en obrar así cumplirán »un deber estrechísimo, que »el derecho natural y el divi»no imponen de consuno á »quien se precia de racional y »de cristiano.

»Deseamos que los párrocos »no se descuiden en dar á co»nocer estas nuestras adver»tencias á sus feligreses, expo»niéndoles en la forma que su »celo les sugiera, la grandísi»ma importancia que encie»rran, sus alcances y hasta su »sentido, con lo que se evita»rán no leves daños, y entre »ellos el pecado que cometen »los que se entregan á perni»ciosas lecturas y las propa»gan, pecado que reviste más »malicia de la que vulgar»mente se cree.

»Sevilla, 30 de Julio de 1898 »—† MARCELO, *Arzobispo de »Sevilla.*»

Venerable prelado y amado enemigo: *Ecce ego quia vocasti me.* Sírvame de principio el versículo del libro de los Reyes; porque llamado soy, aunque indirectamente, á responder por mí y por todos mis compañeros, á la *prohibición* de leer este periódico ordenada por ese arzobispado en circular leída en todas las parroquias de la diócesis.

Algún diario, con cierta intención, ha llamado excomunión á esa circular, lo cual no es cierto, porque la excomunión hubiera sido lanzada en toda regla, y en ella hubieran ido envueltos los [illegible] á quienes el señor arzobispo cita y celebra en aquel documento; y hubieran pagado justos por pecadores. Hago, pues, constar, que el periódico no ha incurrido en excomunión todavía, y que los términos de la circular que lo prohibe, son tan urbanos y corteses, que por la primera vez hemos visto á la Iglesia en España, defender lo suyo sin violencia y sin odio. Esto me obliga á contestar en términos iguales, y á defender nuestra propaganda sin apasionamiento y con idénticos respetos.

Reconocéis, señor arzobispo, que en este periódico colaboran sabios y letrados que tienen la reputación de fieles católicos. ¿Pues qué mayor prueba de la amplitud de nuestras miras, y de la tolerancia que á la dirección preside? Periódico abierto á todas las ideas menos á las exclusivamente reaccionarias que han empequeñecido á la España moderna, al punto de convertirla en indiferente á todas sus desdichas y hacer del individuo un sér pasivo confiando su salvación á la Providencia, que en estos tristes tiempos, por secretos designios, nos ha vuelto la espalda; semanario dedicado á propagar ideas modernas dentro de todos los criterios, dándole al pueblo culta lectura que reemplace la ordinaria y soez de los papeles destinados á fomentar con bajo estilo las malas pasiones; revista que haga revolución moral en las ideas huyendo de las personalidades, VIDA NUEVA se publica para que el país hable en ella y diga si para nueva vida está preparado.

Y el hecho de que en este periódico, al lado de escritores católicos, estén otros libre-pensadores, justificando *el criterio científico y literario muy libre y muy amplio*, que el señor arzobispo teme se le suponga, produce, como siempre, el enojo de la Iglesia, y por la voz de uno de sus prelados, viene en seguida la prohibición de que tal periódico sea leído.

Es la eterna intransigencia católica española, contrastando esta vez con la gran libertad de puntos de vista que preside á nuestros trabajos.

Por si acaso los nombres de los redactores de VIDA NUEVA logran que á esta se le abran las puertas de todos los hogares, y según la frase arzobispal *se devoren con fruición sus artículos*, hay que prohibir su lectura, y las razones que se dan para ello vienen á probar una vez más la guerra sin cuartel que la Iglesia se empeña en hacer á todo lo que no represente su inveterada tiranía.

«La idea que se introdujo en la cabeza del niño »ó el joven, la pasión que se despertó en su cora»zón, los horizontes que se abrieron ante sus ojos, »se apoderan de su ánimo... y como hasta en el adul»to y el anciano ejercen las malas doctrinas, in»fluencia funesta, nos ha parecido que debíamos »dar á nuestros diocesanos la voz de alerta...»

Toda la historia de España de medio siglo acá está en estas frases. Aquí donde hay once millones de habitantes que no saben leer, porque ningún Gobierno se ha ocupado de que supieran, es preciso, según el criterio episcopal, que los restantes que saben, no lean sino aquello que la Iglesia les mande; es necesario que la niñez y la juventud no tenga *ni ideas, ni pasiones*, que vivan en la más completa ignorancia de toda vida intelectual; según ese criterio, son malas doctrinas todas las que no respondan á que el niño ó el joven vivan en la más completa ignorancia de todo lo que católico no sea. Influir en el ánimo de la mujer y de la madre de familia para que ésta influya á su vez en su marido y en sus hijos y hacer de cada hogar un castillo inexpugnable á la ciencia, á la literatura, á toda instrucción y toda lectura que no sea por la Iglesia aprobada. Este es el exclusivismo dominante con el que se va haciendo poco á poco una nación de legos y una educación de familia á la antigua como si el mundo no marchara. Y así llegamos á las grandes catástrofes, y la nación ignorante de cuanto pasa fuera de su claustro nacional y de los adelantos de otros países, cree que sus enemigos son tan atrasados como ella y se da el caso, con todo nuestro catolicismo que es, según Vosotros, la fuerza nacional, de que *otra religión*, representada por masas de gente instruída y práctica y moderna, venga á imponerse á nosotros y á conquistar nuestros territorios, aquellos territorios donde gobernaban frailes y curas. ¡Ah, señor arzobispo, qué error tan grande éste de suponer que sólo leyendo cosas místicas ha de educarse un pueblo para reconquistar su poderío y recobrar su crédito en el mundo moderno! Ya pasaron los tiempos en que se gobernaba con el breviario; y á una generación nueva, empequeñecida por mezquinas ideas de abstracción y de oscurantismo, hay que abrirle nuevos caminos y aparejarle nueva vida.

¿Quiere esto decir que con eso se perjudique á la idea cristiana? De ningún modo. El señor arzobispo, por lo que veo, para saber lo que debe de prohibir, tiene que leerlo *todo;* y aunque ignoro su edad, supóngole entrado en años, y creo que al leer todo género de obras no se dejará influir por ellas. *Hasta en el adulto y el anciano frecuentemente ejercen las malas doctrinas una influencia funesta*, dice la circular á que respondo. No la ejercen seguramente en su ilustrísima; luego no hay para qué suponer que la ejerzan en sus diocesanos, y lo que el arzobispo lee pueden leerlo todos. Si entró VIDA NUEVA en el palacio arzobispal para ser juzgada, que entre en todas partes; porque hay un juez que Dios puso dentro de cada uno de nosotros, y que se llama la conciencia y el libre albedrío, y desde que la Inquisición desapareció, las prohibiciones de lecturas son puramente morales. Prueba de ello es que lo que prohibe el obispo, no lo manda cumplir la autoridad gubernativa. Más peligroso fuera ver yo en mi casa leídas por mis hijos las *Confesiones* de San Agustín que todos los periódicos modernos. No seamos intransigentes si nos llamamos cristianos.

Cristiano como el que más soy yo, y lo prueban todas mis obras, y de cristiano ejerzo y con el ejemplo predico; y aquel espíritu de tolerancia y de bondad y de odio á todo lo que represente fariseísmo, del Cristo lo aprendí. Al fundar VIDA NUEVA recordé el salmo: *Spiritum rectum innova in visceribus meis* y por caminos derechos voy á mi objeto que es el de ilustrar al pueblo en vez de cerrarle ojos y oídos. Crea, pues, el señor arzobispo, y permítame que se lo diga con todo respeto, que no hay para qué discutir quién es aquí el culpable, si nosotros publicando un semanario nuevo, ó el público en leerlo, porque todas las dudas humanas están en el Evangelio explicadas:

... Y presentaron al Señor un ciego de nacimiento; y le preguntaron sus discípulos:—Maestro, ¿quién pecó más; éste que nació ciego ó sus padres que le engendraron sin vista?

Y contestó el Señor:—Ni éste ni sus padres; mas era necesario que *en él* se manifestasen las obras de Dios.

Dios, pues, señor arzobispo, que inspira las almas, nos inspiró la idea de fundar un periódico con nobles propósitos; y al pensamiento humano, que es obra de Dios, no puede atajarle un señor arzobispo, que con toda su grande autoridad, es hombre mortal como nosotros.

EUSEBIO **BLASCO.**

Todo está igual...

La tremenda crisis por que España atravesó durante las insurrecciones de Cataluña y Portugal, cómplices de Francia en la destrucción de la supremacía ibérica, la misma funestísima antipatía á todo lo que era militar, continuó reinando en la generalidad de la nación. Un informe elevado al Monarca en 1646 declaraba que era inútil alistar milicianos forzosos que luego desertaban, porque «todos aborrecían el nombre *de la guerra* con el horror que se experimentaba». Los decretos contra las deserciones fueron inútiles. Los propios voluntarios, que componían los tercios destinados á servir fuera de España, se alistaban y se desertaban sin empacho, y cada día eran de peor condición. Era con todo indispensable continuar tal guerra, porque los menos vehementes patriotas habrán hoy de reconocer que ni se podía dejar perder á Cataluña, ni aceptar la separación de Portugal sin resistencia. Alistáronse muy en particular milicianos para esto último, y de ellos y de algunos soldados reenganchados se formaron bastantes tercios extremeños y andaluces y algunos de otras provincias, los cuales, en unión de corto número de tercios veteranos, mantuvieron la ineficaz y desgraciada guerra que todos sabemos. Consejos acertados no faltaban, pero escaseaban mucho los que la pobreza y la confusión administrativa permitían encontrar. Bueno fué el de crear en la Península tercios fijos, como desde Carlos V los hubo en Italia y Flandes, compuestos de soldados de profesión; pero el número de cuatro de á 1.000 hombres cada uno, que únicamente se atrevió á ordenar Felipe IV, ni con mucho bastaba á las grandes necesidades de la guerra. Y eran aquéllos precisamente los menguados días en que D. Juan de Austria escribió desde Badajoz que «era imposible restituir el lustre y la estimación á la infantería española, dando á los tercios que nuevamente se levantaban vestidos que harían asco al más miserable pastor»; lo cual explicaba bien á su juicio «el desprecio que hacían todos de la milicia, y que á los soldados se les reputase por la hez más ínfima de la república». ¿Cómo había de exigírsele á gente tan mal tratada lo que á la de *ordenanza* les exigió un día Gil Rengifo, es á saber: *que muriesen todos juntos* antes que volver *por ningún peligro las espaldas*, conminando en tal caso al hermano para que matase á su hermano, el capitán al compañero y el compañero al capitán? Tan viriles reglas, imitadas más tarde en los *tercios viejos* y en las campañas conquistadoras de América, demostraban bien el recio temple nativo de la nación en todo tiempo; no eran propios para las desorganizadas tropas en quien tenía puesta su honra España hacia el fin del siglo XVII. Hubo, sin duda, caballeros que acudiesen á Cataluña y Portugal por responder á su hidalguía; pero su número constituyó siempre una leve excepción que dejaba en pie la regla general. No hay, pues, que guardar rencor á los extraños que todo esto observaron y propalaron. Pedro Venier, tantas veces citado, pudo con razón decir, reinando Carlos II, que en España «sprezandosi quasi il mestier de la guerra», poco sentía «la nobita i stimuli d' aspirare all' onor militar»; lo cual excusaba algo un hecho de todas suertes bien censurable. Todavía el mariscal de Tessé, hombre de mucha inteligencia, aunque poco afortunado en la guerra de España, le escribió á Luís XIV, siendo ya rey su nieto, que «la más abyecta y despreciada de todas las aficiones era en España la de las armas, y que por más que se procuraba de nuevo ponerla en favor, nada había, por de pronto, en punto á tropas, como nada había tocante á dinero ni á medida de gobierno». Y el corregidor de Sevilla, tratándose del alistamiento urgente de las milicias en 1705, le escribió al capitán general de Andalucía, Villadarias, que era tal el horror al servicio militar, que los mozos de aquel país se refugiaban por huir de él en las iglesias como delincuentes, llegando él ya á dudar si era mayor su deseo de apuntar la gente ó la repugnancia de ésta de ir á la guerra. No cabe dudar que todo esto comenzó á modificarse antes de mucho, con sólo tener un rey que, como los Alfonsos españoles, Carlos V y los soberanos de Francia, eran aficionados á la guerra, y con pagar algo mejor y uniformar más decorosamente á los soldados. Probablemente también el ejemplo de las tropas francesas, en las cuales toda la nobleza figuraba con orgullo y general estimación, sin duda contribuyó á desvanecer la odiosa preocupación que contra el servicio militar reinaba en España.

A. **CANOVAS DEL CASTILLO.**

(De un trabajo inédito.)

LETRAS pasadas de moda

LA PAZ

¡Amor y Paz!... Que la dorada espiga
los surcos que el cañón abrió en la tierra,
fértil encubra, y que la sombra amiga
del árbol torne á coronar la sierra.
Que, sin temor del daño,
bajo á abrevarse al apacible río
el balador rebaño.
Que en la festiva danza
de la plaza del pueblo las doncellas
rían y hablen de amor y de esperanza.
Que cruce por la selva,
donde el silencio duerme,
cuando al hogar abandonado vuelva,
solo, el soldado de la patria inerme.
Que al pie de la alta cruz de los caminos
reposen los cansados peregrinos.
Que el recelo no trunque
del padre anciano el sosegado sueño,
que retumbe el martillo sobre el yunque,
que el hacha pula el derribado leño.
Que en nuestros valles caiga
la bienhechora lluvia,
como don de los cielos, y nos traiga
racimos negros y la espiga rubia,
para que el pan y el vino en nuestras manos,
símbolo fiel de la obtenida calma,
nos partamos alegres los hermanos
como una santa comunión del alma.

V. **QUEROL.**

Al Obispo que me llama ateo

¿Ateo? Entendámonos, señor obispo. Expiarme, mortificarme, acecharme, mirar por el ojo de la llave en el fondo de mi alma, medir la extensión de mis dudas, interrogar al infierno, consultar su registro de policía al través de su siniestro respiradero para ver qué es lo que creo ó lo que niego... Todo ello, creedme, es un trabajo inútil. Amo la franca claridad.

Si se trata de un buen señor de larga barba canosa, especie de papa ó emperador, sentado en un trono como los del teatro, con nubes á los pies y un pájaro sobre la cabeza, con un arcángel á la derecha y á la izquierda un profeta... Dios celoso, Dios vengativo, que consagra á los reyes en sus solios y castiga á los hijos por las faltas que sus padres cometieron, que detiene el sol con peligro de que salte el muelle del Universo... Dios, mal geógrafo y mal astrónomo... Dios, que en su cielo azul se impone el deber de imitar nuestros defectos y se permite el lujo de tener á su servicio plagas, como los hombres tienen perros, que perturba el orden, que lanza sobre nosotros á Nemrod, Cyro y Cambises y nos arroja á los pies de Atila... Si se trata de ese Dios, sí, señor obispo, yo soy ateo.

Pero si se trata del sér absoluto que condensa allá arriba todo el ideal en toda su evidencia, por el cual manifestándose la unidad de la ley, el universo puede como el hombre decir: «Yo»; del sér que siento en el fondo de mi alma, del que me habla en voz baja y clama sin cesar por lo verdadero contra lo falso, entre los instintos cuyas olas casi nos sumergen; si se trata del testigo que acaricia ó hiere mi pensamiento, según que en mí predomine el bien ó el mal... Si se trata del Supremo Inmutable, solsticio de la razón, del derecho, del bien, de la justicia; en equilibrio siempre con el infinito, ahora, ayer, mañana y en todo tiempo; si se trata del sér que da á los soles la duración y á la paciencia los corazones, que es claridad fuera de nosotros y en nosotros conciencia... Si se trata del principio eterno, sencillo, inmenso, que piensa puesto que es, que de todo es el lugar, y que á falta de un nombre mejor llamo Dios... Entonces, señor obispo todo cambia, y nuestros espíritus se vuelven: el vuestro hacia la noche... el mío hacia el día; santa afirmación, himno, deslumbramiento de mi alma... Entonces, señor obispo, el creyente soy yo y vos el ateo.

V. **HUGO.**

LA VOLUNTAD NACIONAL ENFERMA

Los padres son responsables de la salud de los hijos: cuando vemos niños enfermos ó delicados y niños que nacen monstruosos, de todo ello y de mucho más son responsables los padres y los abuelos. Mandsley dice que degeneran los hijos de los individuos que han hecho grandes fortunas á expensas de privaciones y sacrificios; es decir, no heredan las condiciones intelectuales ni físicas de sus progenitores. ¡Triste suerte, y que debe hacernos meditar mucho! Los padres, afanándose por acumular riquezas, hacen que sus esfuerzos y sus fatigas los hereden sus hijos junto con su fortuna, y así se ven esas grandes decadencias en algunas familias. ¿Cuántos nombres ilustres hay que perpetúen el mismo brillo que les dieran algunos de sus mayores? Peor aún son los alcohólicos, los que consumen sus noches en las casas de juego, haciendo un gran gasto de fluido nervioso, y los conocidos con el nombre de *juerguistas*, siempre que sean recalcitrantes. Bueno es que sepan estos que no sólo arruinan su salud, sino la de sus descendientes, cuando los tengan; que si los hijos nacen enclenques, son los padres los responsables. Todo esto es seguro, axiomático, fatal; y, sin embargo, ¿qué hace el hombre para evitarlo?

No se crea que estas son ideas nuevas: antes que las ciencias biológicas dieran cuenta de ello, mucho antes, los hombres pensadores llamaban la atención sobre el particular; así, por ejemplo, entre los griegos estaba recomendada la castidad al volver de las ceremonias religiosas ó cualquier acto que pudiera impresionar desagradablemente, á fin de que los hijos no nacieran m[illegible]os. Montespan en una crisis nerviosa por la impresión que produjera en su ánimo la ceremonia del jubileo, y habiendo recibido en aquellos instantes la visita de Luís XIV, el hijo que nació de aquella entrevista, como tuviera un humor taciturno, se le llamara *el hijo del Jubileo*, siendo uno de tantos hijos adulterinos que tuvo dicho rey.

Son muchos, por miles, los casos que se pudieran citar, y además cosa de fácil comprobación: ahí está la historia con sus hombres contemporáneos y los de otras épocas, para servir de ejemplo. Hay familias en que los grandes talentos son hereditarios; pero son la excepción, en vez de ser la regla: de esto nos ocuparemos otro día.

Alfredo de Musset, en *La confesion d'un enfant du siècle*, para explicar el estado morboso de su ánimo y el de la juventud de su época, dice que *era una generación concebida entre dos combates en que el estado de ánimo de los padres, de fatiga y neurosismo, se reflejaba en la juventud pálida, inquieta y nerviosa, educada en los colegios al son de los tambores, ensayando sus músculos delicados.*

Ese es hoy el caso de España: un siglo de guerras con el extranjero, de guerras civiles y de guerras coloniales, y, como consecuencia de tales cosas, hoy estamos tocando las consecuencias de todas esas luchas, de tanta sangre vertida, en que, por ser condición de la guerra, suelen morir los más fuertes y los más intrépidos, perdiendo así la raza esos ejemplares para su reproducción; ¡y pensar que aún hay quien piense en levantamientos! Quien tal haga incurrirá en un delito de lesa patria.

No es el momento de las recriminaciones, sino de examen de conciencia. Si la generación presente no hace más, es porque no puede. Los errores no son de ahora, vienen de muy atrás; somos lo que se llama fatigados por herencia, y no se olvide que es una gran verdad lo que decía Compte. Los muertos gobiernan á los vivos. La humanidad es una, ha dicho Pascal: así la concebimos nosotros; los hijos son el modo de perpetuarse, son la forma en que se reproduce, pero la substancia es la misma: cuando hay vigor, se transmite; cuando hay fatiga ó enfermedad, también se transmite: se da lo que se tiene.

¿Es posible reparar tantos errores? ¿Es posible la regeneración rápida? Sí, terminantemente sí.

***

¿Qué es la voluntad? No tema el lector que nos metamos en metafísica. Vamos á ensayar una definición gráfica y mecánica.

Nuestro organismo, por la piel y por todos sus sentidos, de donde parten, á manera de red telegráfica, miles de cordones nerviosos, que como los alambres del telégrafo, transmiten todas las impresiones á los centros, al cerebro; todos sabemos la gran riqueza de datos que adquirimos por el tacto, la vista, el oído, etc.; todas estas sensaciones dan lugar en nuestro cerebro á lo que se llama estado de conciencia: ahora bien; todas esas impresiones representan fuerzas que van acumulando nuestros nervios en nuestro cerebro y depositándose en estado de fuerza latente ó fuerza potencial, y lo que se llama VOLUNTAD, CONSISTE EN REALIZAR ESOS ESTADOS DE CONCIENCIA, EN CONVERTIR LA FUERZA POTENCIAL EN FUERZA VIVA, EN CONVERTIR EL DESEO EN ACCIÓN. Ejemplo: Todo hombre que para saludar á otro se lleva la mano á la cabeza y se quita el sombrero, es porque su inteligencia, su sentimiento y su memoria le representan ese estado de conciencia particular que constituye el saludo, é inmediatamente lo realiza, lo convierte en acción; transforma la fuerza potencial en fuerza viva. Si un hombre se arroja al río para salvar á un semejante, el proceso es el mismo, pero el esfuerzo mucho mayor; este caso ya no está al alcance de todo el mundo: para ser capaz de convertir este estado de conciencia en acción, se necesita que sea un hombre de *carácter*, un hombre de gran voluntad, porque esa transformación de la fuerza potencial en fuerza viva sólo pueden llevarla á cabo unos centros nerviosos de gran poder.

Ahora se comprenderá fácilmente lo que se llama *fatigado por herencia.* Ya hemos recordado que la humanidad es *una*, que la reproducción de padres á hijos es un medio de que se vale la naturaleza para perpetuar la substancia: es como el mar, en que las olas, que rizan su superficie, están formadas por la misma substancia, y la fuerza que las agita es la misma; pues en la humanidad, la gradación de padres á hijos es como las olas del mar: si los padres por un motivo ó por otro han gastado más fuerzas de las que podrían gastar, esa fatiga va á aparecer en los hijos, que es su misma substancia.

Para realizar esas conversiones de estado de conciencia en acción, es menester sistemas nerviosos de un temple vigoroso; cuando no sea así, los estados de conciencia no se traducirán en acción por impotencia; es la pereza imposible de vencer, es la enfermedad de la voluntad, es, en una palabra, lo que nos está pasando; no es la ineptitud, como muchos pretenden, es la postración.

¿Qué hacer? En primer lugar vigorizar los cuerpos, mejorando todas las condiciones higiénicas del individuo y dar gran desarrollo á la gimnasia y á todos los *sports*, los juegos al aire libre. En segundo lugar la educación: lo que pasa con ésta es un verdadero crimen nacional. Hay programas, libros de texto y métodos de enseñanza que son una vergüenza. Nada más difícil ni más complejo que conocer y aprovechar las aptitudes de un cerebro, de ese mecanismo del pensamiento, nada más transcendental ni nada más abandonado en España. El cirujano que pretendiera operar en una región que no conociera, mataría á su enfermo, el mecánico que desconociera su máquina la inutilizaría, y, en una palabra, es absolutamente indispensable conocer el instrumento ó la función que se pretende dirigir; pero entre nosotros eso es cosa baladí, y los ilusos, los cerebros de adoquín se sonreirán, y dirán: ¡bah! Filosofías... ¡La educación! Si supieran los pueblos, ó los hombres, que á falta de otros más aptos son los llamados á dirigir[illegible]e del Estado, lo que representa de riqueza [illegible] de prosperidad una juventud bien dirigida, de seguro no serían tan indiferentes.

Es imposible regir el cerebro sin conocer lo poco que hoy se sabe sobre su estructura y funcionalismo; es la primera condición que debía exigírsele á los maestros y aun á los padres y, sin embargo, ¿qué conocimientos de esa clase se le exigen aquí al director de Instrucción pública ni á ninguno de los maestros?

Por eso hemos dicho que en España es un crimen nacional la cuestión de instrucción. Son muchos los muchachos á los que aburren los estudios por ineptitud de los encargados de enseñarles: yo aún recuerdo muy bien el tiempo perdido en aprender un bachillerato ridículo y absurdo, y me he propuesto formalmente que mis hijos no vayan á un colegio á que los aniquilen cerebralmente si salen aplicados, y en el que lejos de despertar su curiosidad y ahorrarles trabajo con métodos apropiados, se les indigeste el cerebro con cosas aprendidas de una manera absurda. Crimen nacional, decimos, porque entre los que fueron nuestros condiscípulos de gran aplicación y precocidad, unos han muerto, los más, y los que viven no han correspondido, ni con mucho, á lo que prometió su fácil y brillante inteligencia. Ese es el resultado de encargar de la educación de los niños á los que ignoran el valor y el significado de lo que es el cerebro del hombre.

En una nación en que su juventud está ya fatigada por herencias necesita una verdadera curación para que se regenere, y para que las condiciones de la raza en ella latente, vuelvan otra vez á florecer. La voluntad se educa, se fortifica, como se fortifican los músculos, y como se agigantan los sentidos: nuestra mala estrella ha querido que hayamos ido á chocar con el pueblo yankee, que es el pueblo cuya gran preocupación es el de hacer hombres de acción, hombres de gran voluntad; toda la educación de ellos, tanto la física como la intelectual, no tiene otro objeto, y que lo han conseguido bien claro lo demuestra la actividad y desarrollo de esa nación, que representa la suma de las actividades de todos sus individuos, y que representa el triunfo de su objetivo.

En España, pues, corresponde desarrollar nuestras aptitudes, vigorizar la raza, para que vuelva á ser lo que debe ser.

Se dice que somos un pueblo ingobernable, que se ha perdido el antiguo vigor; sí, es verdad, lo extraordinario sería que estuviéramos florecientes, habiendo hecho todo lo necesario para arruinarnos.

ENRIQUE **LLURIA.**

Fantasía crepuscular

Fué en uno de esos días ardorosos en que la reposada campiña aguanta intensa incubación solar, cuando en la vibración del ambiente, caldeado al contacto con la enardecida tierra, parecen tiritar los campos.

Al caer la tarde volvíame al pueblecillo, un lugarejo castellano, que cual excrescencia ó relieve del suelo, como esculpido en éste y de su mismo tono de tierra seca, recortaba en el limpio horizonte su quebrada silueta. Me paré un momento á ver cómo se acostaba en la llanura el sol, que al tocarla se ensanchó como abrazándola y dejó luego tras de sí el dorado encendi-

Número suelto, 10 céntimos.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

© Biblioteca Nacional de España

más leve soplo del nuevo siglo tiemblan y amenazan desplomarse.

Ahí están sus hombres, los que manejan desde hace más de treinta años los altos destinos públicos, siempre los mismos, con los mismos tópicos, los mismos himnos de envejecida música, pretendiendo aplicar á la hora presente, de grandes resoluciones, aquella gárrula palabrería con cuyos oropeles salvaban otros días los grandes obstáculos; sin querer entender que hoy suenan sus palabras como lenguaje arcaico que no entiende la multitud.

Ahí siguen, celosos de su obra que se resquebraja y desmorona, apretándose desde hace treinta años unos contra otros para que nadie ocupe el hueco que en sus filas abre la muerte.

Y al cabo de treinta años, cuando llega el momento crítico que pone su obra á prueba, cuando sus manos están temblorosas y su senil entendimiento cegado de viejas preocupaciones, vuelta la espalda al peligro, se entretienen en llenarse mutuamente de agravios, echándose las culpas del mal presente, arrojando de unos en otros una responsabilidad en que son todos solidarios; desmayada la fe en su obra, sobre la que uno pretende escribir el terrible *lasciate ogni speranza*, y que otro abandona temeroso de morir herido por sus filos.

No es España la que agoniza así; los pueblos no mueren: es tan sólo una generación que se derrumba.

Podrán haber puesto en peligro la vida de la nación, pero ésta no ha hecho más que poner á prueba su fibra sana y endurecida, como lo demuestra esa misma paciente resignación con que ofrece abundantes medios que tan mal se utilizan; y esta prueba la da confianza en sí misma.

Las generaciones nuevas no esperan más que una herencia en bancarrota, una patria mutilada y empobrecida, una nación desgarrada y exhausta; pero esto no entibia la fe en su destino, y se preparan á recibir tan miserable legado á beneficio de inventario para comenzar una vida nueva por derrotero distinto, y crearse un nuevo patrimonio más modesto, pero más sólido, un peculio que se deberán á su propio y solo esfuerzo.

Pero llegados á este caso, ¿no tienen derecho á preguntarse: *qué hacer de los viejos?*

Los hijos tienen derecho á la vida; y si un padre viejo, tenaz y testarudo ha dilapidado su patrimonio, ha malbaratado los bienes de la herencia familiar y sólo les ofrece un porvenir de miseria, ¿no tendrán derecho á incapacitarle por pródigo ó infortunado, en vez de entregarle imprudentemente la dirección de un nuevo caudal que ellos ganen con mil extremas fatigas?

Los viejos lo fían todo á su experiencia; creen siempre á la juventud inexperta, irreflexiva y ambiciosa; presumen que sólo el vivir es experiencia, y no comprenden que encierra más experiencia este ejemplo doloroso de su fracaso que nos han puesto delante de los ojos, que treinta años de vida; y que no hay más que una experiencia provechosa, que es aquella que se adquiere por la propia decepción, no la que se predica en máximas juiciosas y sabias.

¿Qué hacer de los viejos? Cuando los viejos han sido prudentes; cuando han sentido embotarse sus fuerzas y han reconocido que la ley de la naturaleza, que es de perpetua renovación, se cumple; cuando no la han puesto obstáculos, sino facilitado su obra, y plantaron el árbol joven para cuando el viejo estuviese desmochado y seco; cuando se anticiparon á dejar en manos enérgicas un poder que era ya excesivo para las suyas flacas y débiles, entonces los viejos cumplen todavía una misión social elevadísima y hermosa, son todavía una fuerza que ha ganado mayor prestigio con la veneración que inspira; y como en ellos están las pasiones mansas y aquietadas, como su alejamiento de las luchas de la vida les presta una serenidad de juicio rayana en la de los dioses, entonces sus consejos adquieren un poder inconmensurable, aplacan las discordias, sentencian las querellas, amonestan con tan grande antoridad, que sus fallos son inapelables como los de la Historia.

Son una generación lejana que juzga á otra.

Pero cuando no cumplen á tiempo esa ley de tradición, y son su testaruda, sus prejuicios, sus ideales anti[illegible] y sus seniles pasiones exacerbadas se mezcla[illegible] en las luchas de la vida y retienen un poder que ya no les pertenece, entonces pierden el respeto que es debido á sus canas, enturbian la vida de las generaciones que les suceden y las hacen odioso un nombre que debieron legarles respetable.

¿Qué hacer, pues, de los viejos? ¿Condenarles, por misericordia, á una jubilación forzosa que resisten, como hizo Guillermo II con el viejo canciller de hierro.

Es más piadoso, que dejarles deshonrarse en una vejez decrépita.

GREGORIO **VIRUÉS.**

NUESTRO CÓNSUL EN ARGEL

Organizado por nuestro cónsul en Argel, se verificó días atrás un festival cuyos productos—cuantiosos—serán destinados á la suscripción nacional. La prensa de aquella capital describe la fiesta extensamente. Lo sustancial de esos relatos interesará á los lectores de VIDA NUEVA. Esta consideración nos induce á traducir esas noticias. «El éxito—dicen los diarios de Argel—estaba previsto, pero nunca supusimos que fuese tan franco y positivo. Más de 3.000 personas se disputaban los puestos en el interior del teatro-circo, convenientemente adornado con banderas españolas y francesas en pabellones. Todo Argel mundano había acudido allí para mostrar sus simpatías á España. Los números más aplaudidos del programa de la fiesta fueron: el *The 2 Yorcky's* (negros burlescos), las piezas musicales ejecutadas por la *Lira argelina* bajo la direccion de M. Faure, las canciones recitadas por Rosa Bordas, artista de corazón, y los trabajos en que lucieron su habilidad MM. García, Salom y Dorban. Es digna de especial mención la iniciativa de la señorita Paulina Sizes, siempre dispuesta cuando se trata de una obra humanitaria. Esa distinguida profesora y sus discípulas de bandolina, interpretaron con gran aplauso del público diferentes composiciones musicales. Como fin de fiesta y á tiempo de alzarse el telón en el número último del programa, veíase en el escenario una apoteosis alegórica. Luego, al caer la cortina, las bandas y orquesta que había en el recinto, ejecutaron la *Marsellesa* y la *Marcha real española*.

Todos los periódicos argelinos aplauden calurosamente la iniciativa del cónsul español Sr. Alcalá Galiano, y de paso que narran los agradables incidentes de la fiesta, comentan en términos lisonjeros la parte que en esa artística cuestación ha tomado nuestra colonia en Argel.

Que se repita.

Unidad de criterio

De la unidad de criterio que reina en los centros oficiales da fe el hecho siguiente:

Un artículo que aquí tuvimos que retirar lo hemos visto publicado en San Sebastián.

Según se ve, los trabajos periodísticos son, en estos tiempos, como ciertos frutos, que sólo se dan en las zonas del Norte.

España ante el extranjero

Todas las Revistas de Europa vienen hace tiempo dedicando su atención á las cuestiones que en estos momentos nos preocupan, y juzgándolas con diverso criterio. Estas distintas opiniones merecen ser conocidas en nuestro país, y si la falta de espacio nos obliga en este número á hacer una relación sucinta de los principales artículos que estudian nuestra situación, en los siguientes números procuraremos dedicar mayor espacio á exponer los puntos de vista de los tratadistas extranjeros.

En el último número de la *Westminster Review*, Laniger examina la actitud de la América española respecto de los Estados-Unidos, y estima que en el porvenir ha de acentuarse la hostilidad del elemento latino de América contra el elemento anglo-sajón.

Recuerda que casi todos los países sud-americanos tienen agravios que vengar de los yankees y han sido víctimas de las tendencias absorbentes de éstos ó sufrido vejaciones de su espíritu avasallador.

Dice que los mexicanos no pueden olvidar nunca el despojo de Texas y California, y hace observar que ellos, que no habían manifestado nunca sus simpatías por la ocupación española de Cuba, hoy las manifiestan abier[illegible]ente.

Cree [illegible] lista que en el porvenir han de surgir [illegible] por su política absorbente.

The Fortnaghtly Review deplora que España no cuente en las actuales circunstancias con hombres políticos de suficiente altura para hacer frente á las graves circunstancias por que atraviesa el país.

Con cruel humorismo dice, que un jefe de Gobierno que pregunta en un Consejo dónde están las Marianas, un ministro de la Guerra que exclama en pleno Parlamento: «¡ojalá no tuviésemos acorazados!» y un ministro de Marina que anuncia el envío de torpedos á Manila después de la derrota de Cavite, forman un ministerio propio de ópera cómica y recuerdan las tres hermanas grises de la leyenda griega, que tenían sólo un ojo y no veían por él—añade que la inteligencia sumada de todos nuestros ministros es insignificante si se la compara con la de cualquier político de segundo orden de Europa.

Juzgando la situación política actual de España, opina que carlistas y republicanos tienen pocas probabilidades de alcanzar el poder.

Da cuenta de una reunión de generales en la que se discutió cómo se podría salvar á España de la *morralla* de políticos que destruyen al país, y dice que solamente una voz propuso una idea práctica, la creación de una dictadura por siete años, que recayese en un general de gran prestigio en el ejército.

The Contemporary Review hace una descripción recargadísima de color de la administración española en Cuba. *La Revue de Paris*, en un largo artículo suscrito por un teniente de navío, que oculta su nombre, describe la batalla de Cavite.

La Nuova Antologia publica un artículo de Niceforo en el que dice que si Cánovas no hubiese muerto, el general Weyler habría terminado la guerra por el exterminio, imitando la conducta de los Estados-Unidos con los *pieles rojas*.

Supone que al lado de este general está una gran masa de opinión española, que cree necesaria la implantación de una dictadura.

ERNESTO DE **ELORRIAGA.**

Interview

—¿Cuántos años tiene usted?

—Setenta y dos mal contados.

—¿De dónde es usted?

—De la Rioja.

—¿La profesión de usted?

—Político.

—Eso no es carrera, ni profesión, ni oficio.

—Pues eso soy.

—¿Y de qué vive usted?

—Pues de hacer programas, de pronunciar discursos, de hablar hoy por la libertad, mañana por el órden, unas veces por la democracia, otras por la Monarquía...

—¿Y eso produce algo?

—Yo vivo así hace cuarenta años y como y bebo y me paseo en coche.

—¡Buena persona! ¿Y cómo se llama usted?

—Mateo.—**B. y S.**

Signo de los tiempos

Mientras que periódicos decididamente facciosos predican la guerra contra las instituciones existentes, Nakens, el valiente y honrado escritor que hace veinticinco años viene combatiendo en pro de la libertad, se ve obligado á suspender la publicación de su periódico *El Motin*.

Es un signo de los tiempos. A los Gobiernos caducos y próximos á morir, les pasa lo que á los enfermos; les hace daño la luz y el aire puro.

De todos modos, el amigo Nakens puede estar satisfecho. Las sombras de la noche pasan pronto.

V.

Intención gallega

De *El Día* de Polenci[illegible]

Del siguiente suceso dan cuenta varios periódicos:

«Mientras se celebraban en Vigo los funerales por el eterno descanso del Excmo. Sr. Marqués del Pazo de la Merced, cubrióse su estatua con un paño negro.

Cuando terminada la fúnebre ceremonia, acudieron las autoridades precedidas y seguidas de inmenso número de curiosos, á descubrir la efigie de Elduayen, vieron todos con general estupefacción que ésta tenía sendas cadenas sujetas al cuello, grillos en los piés y una llave ganzúa en las manos.

A los piés de la estatua había un cartel grande con esta inscripción:

1.005 MILLONES DE REALES.

Por muchas que han sido las pesquisas hechas por las autoridades, hasta ahora ha sido imposible descubrir á los autores del atentado.»

¿Será ésta una broma de algún cacique local?

PARA LAS OCASIONES

FABULILLA

Un zagalón, que guardaba
un gran rebaño, llevaba
un perro, que nada hacía,
y un mastín que destrozaba
á cuantos lobos veía.

Cuando asaltaba al rebaño
algún lobo, el buen pastor,
pensando de un modo extraño,
para que no hiciera daño
al mastín, su defensor,

azuzaba á pelear
al otro que, sin luchar
y agachando las orejas,
se dejaba arrebatar
siempre dos ó tres ovejas.

¿Por qué haces eso?—la gente
le decía al imprudente
pastor, y él, sin hacer caso,
nunca exponía á un fracaso
al otro perro valiente.

Al cabo, llegó á enmendar
su manía singular
el pastor que así pensaba,
pero ya no le quedaba
ni una oveja que guardar.

¡Cuántos, al cabo y al fin,
pensando de un modo ruín
y lanzando amargas quejas,
suelen soltar el mastín
cuando no tienen ya ovejas!

José **RODAO.**

Artículos recibidos

Regeneración.—Rafael Leyda.—Excelente artículo, en el cual se reconoce y afirma que para regenerarnos necesitamos los españoles solamente «hacer lo contrario de lo que hasta ahora hemos hecho.»

Cuentos madrileños. Un bouquet de rosas.—E. Melero Betegón.—Sentimos que la extensión de este cuento nos impida publicarlo. Es interesante y está bien escrito.

Los primeros pasos.—Un catedrático de Instituto.—Es mucha verdad: la segunda enseñanza va de mal en peor.

La minoría republicana.—Tomás Costas.—El Parlamento, según el Sr. Costas, no ha hecho durante los dos meses que ha estado abierto más que «presentar cuatro enmiendas á los presupuestos.» «Trabajadores—exclama el autor del artículo,—vuestro puesto no está en el partido republicano, sino en el socialista.»

Basta de rutina.—Pozáldez.—Son muy simpáticos los sentimientos del Sr. Pozáldez; pero, en verdad, su artículo revela que es todavía muy joven.

Sin Gobierno.—Andrés Prida y García.—Eso de no tener Gobierno no es novedad en España.

Apatía crónica [sin firma].—Nuestros males, que el autor clasifica en cuatro grupos, pueden reducirse á uno: la apatía nacional.

El tiempo [illegible]—Está bien; todo se marchita, muere y cae en el abismo del pasado.

Viva D. Quijote.—Antonio Sánchez.—Contestación al artículo publicado en VIDA NUEVA, original de D. Miguel Unamuno, titulado «Viva D. Quijote».

La diosa Fortuna.—Por esas asperezas se camina de la inmortalidad al alto asiento.

Carta al Director de VIDA NUEVA.—Frasquito.—Muchas gracias por el consejo.

Las chimeneas.—Manuel Naravez.—Dice muy bien el Sr. Naravez: los pueblos más prósperos son los que tienen más chimeneas; ellas son los que hacen subir hasta los cielos el incienso del trabajo.

Carta á D. Eusebio Blasco.—Francisco Alvarado.—Eso sería lo más noble y lo más español; mas, por desgracia, la España de hoy no es la de ayer.

Lo que se acerca.—Un español.—¿Qué es lo que se acerca?

La multitud sedienta de venganza
se arroja enfurecida á los infames,
y con feroz y horrible gritería
arrastra á los traidores por las calles,
destroza corazones corrompidos
y cercena cabezas miserables...

La Nueva Era.—Ataúlfo.—Son nobles y sanas las aspiraciones morales y religiosas que se expresan en este artículo.

Introito.—A. V.—El humor, Sr. Vergara, no está al alcance de todas las fortunas... Déjese de humorismos: es un consejo que no debe usted echar en saco roto.

La paz y la guerra.—Antonio Rovira.—Es mejor la paz que la guerra: conformes.

Realismo rural.—Onofre Viladot.—Descripción de una merienda campestre, á la que pone fin una horrorosa tormenta.

Hay cola...

Sí señor, hay cola para esperar vez y ser encasillado como diputado provincial.

Ninguno de los salientes quiere salir y doscientos políticos de catorce reales y medio quieren entrar.

Y á todo esto, todavía no ha enviado la Diputación provincial al Banco el importe de aquella corrida para la suscripción nacional.

¡A ver si se lo gastan ustedes en comprar votos en Getafe ó en regalarle á Valentín una taleguilla!—**B.**

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Gijón.—C. D.—Complacido.
Reus.—P. B.—Anotado pedido.
Aranda de Duero.—J. P.—Complacido.
Tudela.—M. H.—Remitido paquete.
Granada.—G. I.—Conformes. Se servirá lo que pide. Desde el núm. 11 se le remitirá en la forma que indica.
Rioseco.—L. M.—Conformes.
Burriana.—F. B.—Idem.
Villanueva de la Serena.—L. G.—Complacido.
Valladolid.—C. S.—Conformes.
Murcia.—M. P.—Conformes con la cuenta. Gracias.
Villarrobledo.—F. H.—Conformes.
Huelva.—R. B.—Hecho aumento. Servido pedido.
Carcagente.—E. G.—Conformes.
Aranda de Duero.—J. P.—Recibida carta y cantidad. Gracias por sus buenas disposiciones.
Córdoba.—A. F.—Queda suscripto.
Ecija.—J. H.—Recibido importe. Conformes.
Tarragona.—I. M.—Conformes.
Nerva.—J. A.—Contestaremos por correo.
Palafrugell.—N. C.—Recibida libranza.
Carrión de Calatrava.—A. G.—Recibida cantidad.
Almadén.—W. S.—Las suscripciones de provincias deben ser por un semestre. Suscripto por tres meses.
Villamartín.—R. I.—Queda hecha la suscripción.
Cartagena.—J. A.—Recibida cantidad. Conformes.
La Bisbal.—A. M.—Idem.
Bañeras.—B. S.—Suscripto.
San Andrés.—J. D.—Idem.
Alcoy.—F. Ll.—Recibida cantidad. Ya sabe que no se admite devolución.
Riotinto.—R. R. S.—Conformes.
Lucena.—J. I.—Se le sirvió pedido. Le agradeceremos trabaje.
Zaragoza.—M. L.—Recibida tarjeta. Se le envía lo que pide.
Pamplona.—V. de I. D.—Conformes.
Folguera.—V. A.—Servido lo que pide.
Pola de Laviana.—G. G.—Recibido importe. Conformes.
Dueñas.—S. G.—Renovada suscripción.
Oviedo.—E. M.—Suscripto.
Idem.—M. F.—Desde el número anterior se hizo aumento que pedía.
Ferrol.—E. O.—Servido pedido.
Guadalajara.—V. S.—Hecho aumento.
Villafranca [illegible]—Servido aumento que pide.
Cantillana.—J. M. O.—Servido pedido.
Pruna.—A. L.—Hecha la suscripción.
Mataró.—R. P.—Conformes.
Medina.—P. G.—Suscripto.
Burgos.—H. de S. R.—Conformes.
Baeza.—I. P. R.—Idem.
La Unión.—A. R.—Hecho el encargo y anotado pedido.
Calatayud.—G. G.—Conformes.
Castro Urdiales.—J. F.—Abonado en cuenta el sobrante.
Barbastro.—M. S.—Anotado aumento. Se le avisará oportunamente, cuando termine su fondo.
Sanlúcar de Barrameda.—M. M.—Conformes. Se le envió liquidación.
Palma de Mallorca.—J. V.—Se le sirve el aumento desde el número 10.
Serradilla.—A. S.—Servido pedido del 9.
Esguevillas.—L. C.—Por error en la faja no habrá llegado á su poder el periódico. Corregido error se le han remitido todos.
Medina del Campo.—P. G.—Complacido.
Brozas.—M. R.—Servido aumento.
Tortosa.—J. M. B.—Conformes.
Castellón.—F. S.—Idem.

MADRID.—IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

Para la venta y publicidad en París dirigirse al BOULEVARD BEAUMARCHAIS, núm. 5

VIDA NUEVA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACTORES

Blasco (Eusebio), **Blasco Ibáñez** (Vicente), **Cávia** (Mariano), **Fernández Villegas** *(Zeda)* (Francisco), **Jurado de la Parra** (José), **Lluria** (Enrique), **Nakens** (José), **París** (Luís), **Pérez Galdós** (Benito), **Pérez** (Dionisio), **Picón** (Jacinto O.), **Sellés** (Eugenio), **Soriano** (Rodrigo), **Verdes Montenegro** (José).

CONDICIONES GENERALES DE LA ADMINISTRACIÓN

1.ª Sólo se concederá *exclusiva* de venta en las *capitales de provincias*, al corresponsal que por meses adelantados garantice á la Administración de VIDA NUEVA un pedido que no sea menor de **1 500** ejemplares semanales.
2.ª Sólo se concederá *exclusiva* de venta en las poblaciones rurales y de pequeña importancia, al corresponsal que por meses adelantados garantice á la Administración de VIDA NUEVA un pedido que no sea menor de 250 ejemplares semanales.
3.ª En los casos dudosos, la Administración se reserva el derecho de conceder la *exclusiva* de venta en una localidad, al corresponsal que estime más conveniente á los intereses de la Administración.
4.ª No se sirven pedidos *cuyo importe no se anticipe* á la Administración.
5.ª Los corresponsales que deseen tener cuenta corriente en esta Administración, deberán presentar referencias en Madrid á satisfacción de la Gerencia, estando obligados á satisfacer sus liquidaciones á fin de mes y á correo vuelto.
6.ª El retraso en una sola liquidación dará derecho á la Administración á suspender definitivamente toda relación con el corresponsal, sin perjuicio de reservarse todos los medios hábiles de hacer efectivos sus atrasos.
7.ª No se admite el llamado cambio vuelta ó devolución de números de VIDA NUEVA, expedidos por la Administración.
8.ª La certificación de paquetes para la Península y el franqueo de América, será por cuenta del destinatario.
9.ª El importe de los pedidos, que deberá dirigirse, *como toda la correspondencia*, al DIRECTOR, se hará con preferencia en letras sobre el *Banco de España, Credit Lyonnais* ó del *Giro mutuo*.
10.ª No se considerarán como recibidas las cantidades remitidas en sellos de correo que excedan de 2,50 pesetas.
11.ª No se servirán pedidos que no vengan *acompañados de su importe*.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Extranjero *(Unión Postal)*, año	10	francos.
En Madrid, trimestre	1,50	pesetas.
Provincias, semestre	3	»
Idem, año	6	»
Mano de 25 ejemplares	1,50	»
Número atrasado	0,25	»

PAGOS ANTICIPADOS

Número suelto, **10 céntimos.**

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SAN AGUSTÍN, 10

ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

Admitimos en esta sección *anuncios telegráficos* á los siguientes precios, por cada inserción y sin ningún género de descuentos:

Por un anuncio de una á **15** *palabras.* **una peseta.** *Por cada palabra más, veinte céntimos.* Las abreviaturas se cuentan como una palabra, y toda cantidad numérica que exceda de *cinco* cifras, por dos palabras.

Al importe de cada anuncio deberá añadirse *10 céntimos* de peseta por el impuesto del Estado.

Los que quieran publicar en VIDA NUEVA un anuncio telegráfico remitirán el texto á la Administración, *San Agustín, 10, acompañando* su importe en metálico, sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro con *ocho* días de anticipación á la fecha en que deba ser publicado.

COMPRAR la preciosa novela de Juan Huertas Hervás **El Primer Amor.** Dos pesetas, principales librerías.

AGENCIA HUERTAS.—VELARDE, 22 DUPLICADO.

Chocolates especiales. Marca COLÓN. Para encargos por mayor escríbase: Lista de Correos. Cédula 32.245. Madrid.

EL MEDIO SOCIAL

Y

LA PERFECTIBILIDAD DE LA SALUD

POR EL DOCTOR

D. ENRIQUE LLURIA Y DESPAU

PRIMERA PARTE

Forma un volumen de 160 páginas, en que se expone con gran claridad y acierto tan importante doctrina.

Se vende en las principales librerías al precio de 2,50 pesetas, y á los suscriptores de VIDA NUEVA, pidiéndola á la Administración, se sirve con un 25 por 100 de rebaja.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(45 FOLLETOS)

Cada folleto 15 céntimos. Para los lectores de VIDA NUEVA, 10. Se venden sueltos.

La colección completa á provincias, franca de porte y certificado, 5 pesetas.

Los pedidos á D. Pedro Mayoral, calle de Ruiz, 4, bajo. Madrid.

GRAND HOTEL

Calle de San Vicente, esquina á la plaza de la Reina (VALENCIA)

Este elegante y confortable establecimiento es continuación de la Fonda de España y está dirigido por M. José Cazalbou, antiguo gerente de la citada fonda.

A pesar de las circunstancias anormales por que atraviesa el país, en el Grand Hotel rigen los mismos precios que regían en el de España.

La agencia «Foreign Press Office»

se encarga gratis de la compra de mercancías de Francia; representación y referencias en toda clase de asuntos financieros, litigiosos ú otros. Escribir al Director

Boulevard Beaumarchais, 5, PARIS

DESTILERÍA Á VAPOR

PARA LA

FABRICACIÓN DE COGNACS, ANISADOS, GINEBRA

Y LICORES DE TODAS CLASES

GRANDES BODEGAS

DE

ADOLFO DE TORRES Y HERMANO

MÁLAGA

Exportadores en GRAN ESCALA de pasas, higos, limones, uvas y toda clase de frutos secos y verdes del país

SUCURSAL EN MANZANARES (PROVINCIA DE CIUDAD REAL)

FÁBRICA DE ALCOHOLES VINÍCOLOS LLAMADA

LA PERSEVERANCIA

CALLE DE LAS MONJAS

© Biblioteca Nacional de España

miento del celaje, en que allá, en la pura línea del fondo, resultaban unas encinas recogidas y graves.

Me quedé en la vega á esperar la noche, lleno de melancólico pesar por aquel día más que con el sol se iba, y de dulce anhelo por la recogida noche que se venía tan quedo. Y era en mí todo uno, y lo mismo la tristeza del pasado y la esperaeza del porvenir, como la luz del sol muerto y la sombra de la naciente noche se hacían uno, y lo mismo en la indecisa franja violácea del crepúsculo.

Reducidos los colores á matices al fundirse en el gradual derretimiento de la luz diurna, volvían á entrar las formas todas en la comunión del conjunto; abandonadas del sol, abrazábanse en el campo, con dulce armonía, bajo la difusa claridad del cielo, por el que iba enfiltrándose desde el ocaso la obscuridad nocturna. No se hacían ya sombra unas cosas á otras. Y era á la vez como si perdiendo toda su materialidad tangible se hubiese convertido en mera vestidura del espacio, en forma gloriosa de la creación invisible. Las horas mismas amortigüaban su marcha.

Heraldo de la noche, salió la brisa á impedirme con su frescura el que cayese en completa enajenación ó en ensimismamiento absorbente; la brisa terral que iba á recoger de las praderas y sembrados la fatiga del caluroso día, y á llevarles la buena nueva del descanso y la frescura de la noche, de la noche que se despide de los campos con lágrimas de rocío. Resonó el ave-maría del campanario del lugarejo, y fué como voz que brotando de la llanura misma, se elevase al cielo limpio para desde allí arriba descender purificada sobre los campos en ecos que se apagaban derritiéndose poco á poco con la luz en el silencio solemne.

Desligándoseme la fantasía, empezó á disolverse también en imágenes crepusculares, mientras que por debajo de ellas, como si tierra sustentadora y asiento de atracción, descansaba en mí el sentimiento del flujo de las horas en el irresistible curso del tiempo.

Cuando entres en el crepúsculo de tu vida—me decía,—irás sintiendo cada vez mejor tu comunión de solidaridad con todo; perderás poco á poco el relieve que hoy te presta la gracia de la juventud, relieve que crees propio, siendo en realidad debido más á la sombra que se proyecta que á la luz que se refleja; pero entonces, bajo el dulce y puro y difuso resplandor del cielo que nos cobija por igual á todos, te sentirás más uno con ellos y sentirás á la par no ser tu color propio más que mero matiz del armonioso conjunto. ¡Luz propia! ¡Vanidad de luciérnaga que de noche brilla en un rincón entre matas; de pobre luciérnaga que debe al sol, con su vida, su luz misma!

Los que te parecen más obscuros—seguía diciéndome la fantasía—tal vez lo sean porque recogen y guardan en sí, en sus íntimas negruras, mayor porción de la luz recibida de gracia, son acaso los más luminosos por dentro; y, por el contrario, los que más brillan serán quizás los que con menos luz para sí se queden, los que la rechazan y despiden como bruñidos espejos de obscurísimo reverso. Estos campesinos que, sumidos en cristiana sencillez, viviendo oran, y que vuelven cada día á vivir la misma vida, suelen llegar á ser en las noches de los pueblos los que prestan la dulce lumbre de la tradición íntima que mantenían en las aparentes sombras de su conciencia. Es su luz la luz que resplandece en las tinieblas. Su oración no es algo que se destaque ni se desgaje de sus demás actos; ni con ella hacen sombra ni necesitan recogerse para elevarla, porque su vida misma, cuando es pura y alumbrada por la luz que resplandece en sus tinieblas, es oración de trabajo, de paz, de amor, de esperanza y de fe.

Presentóme luego mi fantasía la absurda imaginación de que me pusiese á vivir hacia atrás, revertiendo el curso del tiempo para recorrer en sentido inverso al transcurrido la senda de mi vida, hasta *desnacerme* tras nueva infancia, y esta imagen del desnacer me llevó á la imagen de la muerte, de la noche.

La noche, entretanto, se me había venido encima, una noche negra y hermosa como la novia del Cantar de los cantares; una noche de que descendía apacible calma. La tierra, cual espesada sombra, parecía, bajo la suave negrura del estrellado cielo, sedimento de éste. Al volver mi atención al paisaje nocturno, sugirióme éste algo del momento genesiaco aquel en que pesaban sobre la tierra desnuda y vacía las tinieblas é incubaba el Espíritu de Dios sobre el haz de las aguas, para que luego, al—¡Sea la luz!—la luz fuese. Y recordé al punto aquellas preñadas palabras del principio del Evangelio de San Juan, que dicen: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; luz que resplandece en las tinieblas, y luz que éstas no comprendieron.»

El frío me hizo precipitar la marcha, y cuando entré en casa de mi huésped, chisporroteaba en el fogón de la cocina, bajo la ancha campana ahumada, una buena hoguera. Empezaban á rezar en familia el santo Rosario, cuyas Ave-Marías henchían dulcemente el recinto alumbrado por las llamas del hogar, y resonaban á la vez en el hogar de mi alma cual trasunto de la oración de los campos, cual eco prolongado de aquella hora recogida en que á los cielos que narraban la gloria del Señor, respondía la tierra con la salutación angélica á María. Y siguiendo, lleno de imágenes crepusculares, aquel oficio tan doméstico cuanto religioso, meditaba en qué consiste la vida de los pueblos, y en la luz que resplandece en las tinieblas mismas, que, sin comprenderla, la rechazan con brillantez externa.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Don Carlos.

Son tantas las cartas que he recibido excitándome á seguir publicando *cosas* del aspirante á *salvador* y *vengador* de España, que allá van otros recortes entresacados de los folletos *Los crímenes del carlismo*.

En los números sucesivos publicaré algunos más, para contribuir á la popularidad del mamarracho ensangrentado.

Antes de conocer á D. Carlos, Cabrera le tenía «por ignorante, soberbio, vano, ridículo, egoísta, libidinoso, sediento de dinero y de voluptuosidades groseras y corrompidas; por neciamente despótico, por ingrato, despreciador de favores y servicios, embustero, sin dignidad ni patriotismo, incapaz de ser jefe de partido, y mucho menos rey de una nación.» Así es que, no sólo no estaba dispuesto á ayudarle á alcanzar la corona de España, sino que le desacreditaba cuanto podía entre sus familiares, á fin de impedir que los carlistas le hiciesen caso.

Cuando lo conoció personalmente, acabó de convencerse de la escasa capacidad intelectual de aquel mozuelo, de su fatuidad y su corrupción, y después de algunas negociaciones acabó por negarse á reconocerle, haciendo los más terribles comentarios sobre su personalidad, y asegurando que *con tal mentecato no podía ir ningún hombre serio y con dignidad*.

Al proponerle más tarde D. Joaquín Izcue, vicario de Estella, que D. Carlos, *que no servía*, abdicase en su hijo y él se encargara de allanar á D. Jaime el camino del trono como regente, contestóle Cabrera:

«No haré yo tal; primero, porque sería un acto de rebelión, y luego porque, si Carlos V tenía *algún mérito*, Carlos VI *valía poco*, D. Juan *menos* y Carlos VII *mucho menos todavía*; ¿á dónde iríamos á parar?»

En otra ocasión dijo:

«Carece del *patriotismo* necesario para encerrar en lo más hondo de su alma *sus mezquinas pasiones y sus cortejos de miserias, ni siquiera por egoísmo*, por estar *más interesado* en el triunfo»; añadiendo «*que no era el monarca que necesitaba España; antes al contrario, que probablemente sería un nuevo origen de no interrumpidas y nuevas desgracias para la nación.*»

El carlista de toda su vida, D. Indalecio de Caso, dijo de D. Carlos y su familia:

«¡Qué fatalidad la de España! Los hombres más sensatos esperando su salvación de una familia proscrita, y en esa familia el esposo divorciado de su esposa, la madre conspirando contra el hijo, los hijos sin demostrar siquiera interés por la salud de su padre, y el padre, que al fin lo era, lamentando que á sus hijos no se les diera la correspondiente educación.»

Otro carlista, que por cierto ocupó más tarde un puesto de confianza cerca de D. Carlos, comentó de esta manera en 11 de Septiembre de 1872 su célebre fuga de Oroquieta:

«D. Carlos no puede ser ya el jefe del partido legitimista. Si hasta ahora pudo tener ese carácter como representante del derecho y la doctrina, lo perdió en el momento en que mostró que su espada no era ni la de San Fernando ni la de Felipe V.

El partido legitimista necesita hoy á su cabeza, no al hombre que vuelve la espalda al enemigo, sino al que se abre paso á cuchilladas... D. Carlos tiene el deber de abdicar en su hijo.»

A los tres meses de haberle nombrado rey cuatro caballeros particulares en un hotel de Londres, uno de los que le nombraron, el P. Maldonado, escribía á don Carlos en 30 de Octubre:

«Pido á Dios con todas las veras de mi corazón que S. M. *sepa ser digno caballero*.»

¡Si estaría ya el hombre en autos de lo que el mozo era!

El penitenciario de Burgos, Sr. Rodríguez, en carta de 29 de Abril de 1869, fechada en Bayona, decía á un general carlista, que «Chaveau Lagarde, 14 (la casa de D. Carlos en París), era el *infierno*», añadiendo:

«Y si ahora que este príncipe mal aconsejado, aspirante al trono, *marcha tan torcido*, ¿qué será cuando esté sentado en el trono? ¿Nos estaremos fabricando cadenas nosotros mismos, acaso más pesadas que en el reinado de Fernando VII?»

En 8 de Agosto siguiente escribía el mismo:

«Los reyes mueren: *ojalá que alguno ni hubiese nacido*.»

En qué se emplearía y cómo el dinero que el *Chapa* recibió, harto lo indica la célebre frase de ese mismo D. Tiburcio Rodríguez, de «que el dinero que iba á París *caía en un pozo sin fondo*.»

Uno de sus generales, hablando de la retirada de los carlistas del Centro á Cataluña, dijo, entre otras cosas:

«Los padecimientos de nuestros soldados eran tan grandes, que hubieran inspirado compasión al hombre de entrañas más empedernidas.»

En un alto que hicieron, al ver la alegría de algunos soldados que comían un poco de arroz, las lágrimas asomaron á los ojos de Dorregaray, y al ser interrogado por otro general, exclamó con honda tristeza:

«¡Lloro de ver á tanta gente honrada sufriendo por una causa que no vale nada!» Después, reponiéndose, añadió: «¡Qué cuenta no ha de pedir Dios al hombre que nos ha engañado y perdido, al hombre que ha sido causa de tanta desgracia inútil, de tanto dolor, de tantos horrores! La guerra es justa cuando se hace por una idea santa, y son héroes los que la inician y sostienen; pero es vil cuando se hace por un hombre de entrañas, sin convicciones, por un hombre que juega con la vida y la patria de los españoles, como si éstos fuesen un rebaño de animales inmundos; y los que, engañándonos, la han encendido, son dignos de los últimos suplicios en la tierra y del castigo más terrible en la eternidad.»

El antiguo cabecilla D. Juan Bautista Aguirre decía en 1875, en una proclama á los navarros y vascongados:

«Todos vosotros, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, habéis contribuido con vuestra fe, vuestro dinero y vuestra vida. ¿Para qué han servido tantos sacrificios? El país está arruinado y no habéis adelantado un solo paso. *Un rey sin más ley que su voluntad, sin creencias religiosas, sin amor á la patria*, juzgando que es suya vuestra sangre y que puede derramarla sin dar cuenta á Dios de ella, *haciendo del cuartel real una corte licenciosa y corrompida; unos ministros imbéciles ó miserables;* una influencia que ha sido siempre fatal para el partido, que enterró á Carlos V y Carlos VI y que enterrará hasta vuestra honra con su refinada hipocresía y su taimada inercia: hé aquí las causas de la esterilidad de vuestros esfuerzos.

»Os engañan, os fascinan y os retienen, porque mientras dura la guerra viven y gozan, y se enriquecen. Contad los compañeros que yacen sepultados, los inútiles, los arruinados, las jóvenes perdidas, los caseríos incendiados; buscad á vuestros antiguos jefes y los veréis pospuestos, olvidados, escarnecidos. En dos años no se ha hecho más que agotar las fuerzas del país y poner de relieve la ineptitud y las iniquidades de un rey que ante Dios, ante el mundo y ante su partido, ha perdido su derecho y su corona. Peleando por él, vais contra Dios y contra la patria.»

D. Simeón Ferro, carlista de gran autoridad, dijo en *El Imparcial* del 24 de Julio de 1874:

«... pensaba que al ser carlista contribuía á disminuir y cicatrizar las heridas de nuestra desgraciada España; como vosotros, aprendí que carlista era ser católico, era seguir las santas doctrinas de Jesucristo; ser enemigo del derramamiento de sangre; predicar la paz, practicar la caridad y amar á los demás como nuestros hermanos que son. Los periódicos de la comunión esto decían; los artículos y folletos del honrado Aparisi y Guijarro así lo enseñaban; y hasta los manifiestos de D. Carlos esto mismo querían. Por eso vosotros y yo fuimos carlistas...

»Ha llegado, empero, el día en que los hechos hablan más alto y elocuentemente que las promesas vanas y los mentidos engaños. ¡Cirauqui! ¡Estella! ¡Cuenca! ¡Olot!... Esos cuatro nombres, vergüenza del carlismo, deben bastar para que no quede en las banderas de D. Carlos ni uno solo de los hombres que sientan latir dentro de su pecho un corazón español...

»Pues qué, ¿ha de ser lícito predicar el bien de la patria y fusilar á centenares de sus hijos más amados? Pues qué, ¿ha de ser posible mirar con indiferencia que se llamen defensores de la religión, amparadores de sus ministros, hijos obedientes de la Iglesia, y después de esto llegue un día en que por el *enorme* delito de amparar, socorrer é interceder por sus semejantes, se le diga á uno de los más respetables, sabios y dignos príncipes de la Iglesia española: «Y tú da gracias de que no se haga contigo lo que con ellos?» ¡Y esto dicho por la mujer que se llama infanta de España!

»Como partidarios de un sistema determinado de gobierno, no se puede estar unidos á los que destrozan, saquean, incendian y fusilan. Como católicos, no se puede seguir á los que, como medio para conseguir su fin, emplean la guerra, aun cuando ésta fuese noble y caballerosa. Como españoles, no se puede estar con los que aniquilan la española tierra.»

Patero, aquel marino que se pasó á D. Carlos y fué su ayudante, dijo en un manifiesto al separarse de él:

«¿Qué podrán decir D. Hermenegildo Cevallos y el brigadier Caracuel, á quienes D. Carlos mató de una plumada, haciendo publicar en *El Cuartel Real* un telegrama infamante?

La Europa había observado lo disparatado del sitio de Irún, y la vanidad del príncipe estaba herida; necesitaba víctimas; escogió esas dos como pudo escoger otras cualesquiera; y al averiguar la verdad, se encontró que Caracuel no había estado en las operaciones, y que Cevallos salió absuelto del terrible cargo de cobardía con que le había deshonrado.

¿Qué juzgar, por último, de un príncipe que llevando ya un año en campaña y debiendo por lo tanto saber algo de la Ordenanza, sentencia por sí mismo á recibir doscientos palos á un oficial, que sólo se libra de ellos por la energía del coronel Calderón que mandaba la fuerza?

¿Acaso por haber sido yo nombrado su ayudante quedé convertido en un sér irracional, que, atado á su carro, no podía ya discurrir ni disponer de mi voluntad?»

Basta por hoy. En el próximo número, repito, continuaré dando á conocer al caballero, para complacer á los que me piden que lo haga, especialmente al que me dice:

«La juventud de hoy no tiene idea de las prendas que adornan á ese *perdis*, y los de edad madura lo han olvidado. Por lo tanto, hará usted un gran bien siguiendo la información comenzada para que se formen todos idea de lo que puede esperar el país de un tío semejante.»

JOSÉ NAKENS.

¡155 generales!

Nada menos.

Ciento cincuenta generales tenemos en España para diez y seis millones de habitantes y cuarenta mil hombres de ejército regular.

Con esto y cuarenta y nueve ó cincuenta Obispos reales ó *in partibus* y *sesenta millones* de clases pasivas, y el pan á real los dos panecillos, vamos á pasar un invierno feliz. Los termómetros de Ferreras dicen que lloverán monedas de cinco duros nuevas, que ha mandado hacer Puigcerver á toda prisa.—**B.**

Confundir las especies

Como aquí es cosa tan corriente lo que los antiguos filósofos llamaban *confundir las especies*, y no falta además quien saque partido de estas confusiones, no nos ha extrañado que se diga por ahí que VIDA NUEVA ha sido objeto de una excomunión. Esto mismo ocurrió cuando el obispo de Mallorca publicó aquella pastoral ó lo que fuese contra Navarro Reverter.

No, no hemos sido excomulgados ni podíamos serlo. Las excomuniones se fulminan contra los pertinaces en la herejía, después de amonestados en forma más de una vez y por la autoridad del superior legítimo, que es el obispo de la diócesis donde se publica lo que es objeto de esa censura.

Lo extraño por lo mismo es que no habiéndonos amonestado ni advertido una vez siquiera el que es nuestra autoridad en este punto el obispo de Madrid, ni habiendo significado en manera alguna su disgusto, verdad es que estamos seguros de no haber atacado al dogma ni á la moral, materia en que pueden ejercer su jurisdicción los obispos, haya salido el obispo de Sevilla, no excomulgándonos ni mucho menos, pero sí previniendo á sus fieles contra nosotros, y lo que es peor, sin especificar en qué funda su prevención. Porque eso de ataques á los frailes y juicios sobre el pontificado es cosa muy vaga. ¡Cuántas veces las órdenes monásticas y los obispos se han dirigido ataques violentos sin delito de leso dogma! Aún recuerdan todos cómo trató Mateos Gago á León XIII, sin merecer la menor reprensión del entonces arzobispo de Sevilla.

El actual hubiera hecho bien señalando los lugares pecaminosos de nuestra inocente publicación, y aun así no ha dejado de adelantarse al que está llamado á dirigirnos paternales advertencias antes de proceder á medidas de rigor, que si no aparecen legales caerán en lastimoso ridículo.

No nos asombra nada de ésto, aquí donde casi nadie sabe lo que es una excomunión, donde se ignora que los periódicos no pueden ser excomulgados y no se está al tanto de cómo debe ejercerse la censura de los artículos que en cada número pudieran ser objeto de ella.

Aquí se piensa, se juzga, se habla y se hacen las cosas á palo de ciego, y así anda todo.

P. Q.

Españolerías CARGANTES

El coste de la guerra.

Según cálculos que hace la revista financiera *La Estafeta*, la guerra de Cuba ha costado á España DOS MIL millones y CIEN MIL hombres.

Este aterrador resultado se deduce con el simple examen de los datos conocidos y publicados.

Pero como la estadística es deficientísima, tanto en los gastos de la campaña como en las bajas ciertas en ella ocurridas, resultan las cifras estampadas expresión mínima de la pérdida total que en sangre y en tesoros hemos sufrido en aquella ingrata colonia, y que seguramente asciende á mucho más.

Tampoco se incluye en este resultado el importe de la escuadra.

Con razón dice el indicado colega que desastre semejante no lo ha experimentado pueblo alguno.

El colmo de la frescura.

Dice un periódico fusionista:

«El Sr. Sagasta, comentando la muerte del príncipe de Bismarck, ha dicho que éste era un hombre de condiciones excepcionales, de inteligencia superior.

»El príncipe de Bismarck venció á Francia y fundó el imperio alemán. No hay que olvidar, sin embargo, que tuvo por colaborador al gran Moltke.

»Había en el príncipe de Bismarck algo que merece crítica severa.

»Este algo es la poca consideración y la falta de respeto que tuvo para el Parlamento.»

¡Ni Gedeón!

Favores que concede la divinidad á su amada y protegida España:

Tormentas en Alpera (Albacete).
En Nájera.
En Baños del Río Tobía.
En Santa Cruz de Juarros.
En Cenicero, Elciego, Navaridos y La Guardia.
En Sos, en Alcalá de Ebro, Gallur y Boguiñone.
Y llueve en Galapagar.
Diluvia en Pozaldez.
Y truena en Mataporquera.
¡El diluvio! ¡El acabóse!
¿Qué queda ya por inundar en España?

Ocupaciones de los arzobispos y obispos:

El de Santiago se ocupa en capitular.
El de Manila en huir.
El de Sevilla en excomulgar á los periódicos que no son carlistas.
El de Sión en meterse en todas partes.
El del Burgo en discutir el dogma.
El de Osma en atribuir la pérdida de las colonias á la inauguración de un templo protestante en Madrid.

Y mientras se *amojona* el dogma entregamos á los protestantes ¡¡TRES COLONIAS!!

¡Luego dirán que la católica y valerosa España no sirve para continuar la gloriosa lucha de *ocho siglos!* ¡Ocho siglos! ¿Quién dice que las bárbaras guerras religiosas se apaciguaron en la vega de Granada primero y terminaron extinguidas por las libertades modernas después? La tan acreditada «*lucha de los ocho siglos*» lleva camino de ser la lucha de los «*cuatrocientos ocho mil siglos*» que aún nos quedan de persecuciones y barbaridades. ¡Estamos viviendo aún en la cueva de Covadonga!

¡Perezcan las colonias, sálvense los arzobispos y los frailes!

¡Entréguense Cuba, Puerto Rico y Filipinas á los protestantes herejes, pero no irritemos al clemente y compasivo Dios de los españoles permitiendo que esos mismos protestantes abran resquicios de ventana, ni puerta de sus capillas, residencias y templos en las ciudades de España!

¡Guerra, guerra al infiel marroquí! ¡Ruja el infierno, brame Satán! ¡Vivan Otumba, Granada y Bailén! ¡Vivan Cavite, Santiago, Ponce y Annápolis! ¡Seamos la irrisión de Europa y el desprecio de América, pero conservemos nuestras benéficas y arzobispales excomuniones! ¡Pobre España! ¡Antiguo esplendor llegado hoy por el poderío de la ignorancia y de la barbarie á convertir en realidad tristísima la fase «el Africa empieza en los Pirineos!»

Con el tiempo ¡ay! nuestro pobre país será para el extranjero pintoresco tablado de cante flamenco, inmensa plaza de toros, artístico escenario de procesiones fastuosas, monumentos soberbios de sangrientos crímenes, de aventuras románticas é infundios.

Se nos conocerá por el *Guerrita*, el *Bombita* y el *Picalimas*.

Por Chacón, *Paco* el de Lucena y las *Macarronas*.
Por los cabecillas y los *trabucaires*.
Por las pastorales y las excomuniones.
Por las *saetas* de Semana Santa y el caballo del Apóstol.

Pero exclamemos entre tanto: ¡Santiago y á ellos! Mas ¡ay! desde que en Santigo de Cuba nos ha salido un Santiago mulato, tan solo podemos gritar:

¡Santiago y... *á nosotros!*

Progresos de España.

El empresario de la ópera Cómica de París, acompañado de una notable actriz, ha salido en dirección de España con objeto de reunir datos *d'après nature*, que les sirvan para montar la ópera *Carmen*, dándola sabor verdaderamente característico. «Queremos toreros y chulas de verdad—ha dicho el empresario—y nos los traeremos á París, porque en España no hay otra cosa.» ¡Olé, olé y mil veces olé!

Ya tiene España un triunfo seguro en París.

Otro.

En el próximo otoño Sarah Bernarht estrenará en el teatro de la Renaissance, un drama en verso de Richepin, titulado *La jitana*.

Preparémonos á ver el desfile de fantasías habituales entre los franceses cuando sacan á escena personajes españoles.

Como muestra basta un botón: en este drama hay un personaje que se llama el *Gran duque de la Gorriná*, y otro que se titula (textualmente) *Escarabeo el Toreante*.

¡Olé, olé y mil veces olé!
¡Aún tenemos gitanos, toreros y chulos!
¡Viva tu madre!

Y el año que viene ¡á vender zapatillas como los moros, ó dátiles ó botellas de Jerez!

¡Viva España! ¡Mueran los impíos!
¡Mueran los gabachos! ¡Mueran los yankis!

¿Que no sabemos continuar las tradiciones de nuestros mayores? ¿Que no somos dignos hijos de los romanceros, José María, y Niños de Ecija? ¡Calle quien tal diga! Véase, véase con qué fruición, con qué admiración mal disimulada refiere un periódico las hazañas del último bandido, castizo y clásico, gallardo y pechiberguido, aparecido en Andalucía.

Ya tiene el empresario de la Opera Cómica un buen personaje para su *Carmen de Naracá*.

«Vicente Celeiro Gallego, por indulto del Real decreto de 23 de Mayo último, cumple, la pena de setenta y nueve años de cadena por el fuero militar, en distintas plazas, por delito de robo en cuadrilla en 28 de Julio de 1856.»

Su situación es en extremo precaria y sus facultades mentales parecen muy atrofiadas. Sin embargo de esto, cuando se le recuerdan las antiguas hazañas suyas y de su famoso capitán José María, los ojos se animan como si sintiese el orgullo de sus pasados actos. (¡Dan ganas de llorar!)

Aunque cuando entró á formar parte en la cuadrilla de José María no lo hizo llevado de la necesidad, pues entonces disfrutaba de una posición desahogada, hoy carece de todo recurso.

Su deseo es volver á su pueblo natal; pero por más que el Ayuntamiento de Málaga se había prestado á facilitarle bagajes para su conducción por tránsitos, sus achaques hacen imposible esa clase de viaje, por lo que gestiona de la empresa del ferrocarril un billete gratis hasta León.

Yo que el Ayuntamiento de Málaga, le ponía un tren especial, y le hacía diputado ó senador.

¡Hay tantos de la cuadrilla de José María en nuestra política! ¡Y tantos que no han visitado la cárcel aún!

«Agradecimiento de los pastores después de la tempestad.» Digo (preocupado con la pastoral del arzobispo, me iba derecho á la *Pastoral* de Beethoven), «Agradecimiento de nuestros pastores espirituales á las inagotables mercedes recibidas de la nación española después del diluvio universal que cae sobre España.»

Véase la clase:

Los jesuitas.

Los jesuitas en danza y limando para adentro.

Se trata de los de Puerto Rico:

«El prior de los jesuitas de Ponce—dicen los periódicos—preguntó al general Miles qué auxilios concederían los Estados-Unidos á la Iglesia católica. El general contestó que las leyes de la República no permitían dedicar cantidad alguna para el culto.»

Los jesuitas no tienen más patria que el mundo ni más objetivo que el dinero.

Esos jesuitas de Ponce son españoles porque han nacido en España; por lo demás no, son jesuitas.

Y al ver llegar á los yankees vencedores, ya les ofrecieron sus servicios, aunque preguntando como el gallego del cuento: ¿cuanto iban ganando?

¡Siempre tan aprovechados!

Los curas.

Los curas de Puerto-Rico toman parte muy significada en el entusiasmo á favor de los yankees.

Casi todos ellos son indígenas, y declaran que para ellos es motivo de gran jubilo emanciparse de la autoridad de los prelados españoles.

Piensan dirigirse al cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore, para colocarse bajo su autoridad eclesiástica.

Esperan de este modo no tener en la isla autoridad que los vigile de una manera inmediata.

Y hé aquí cómo, sin derramar una gota de sangre, esas aprovechadas gentes transforman un pastor de ovejas católicas en un pastor protestante. Sin perjuicio de insultar y escarnecer á los que no pensaban como ellos.

¡Cándida nación, que derrama su sangre por engordar á los pastores de almas!

Adelantos de España.

Copio de un periódico del año 1834:

«Nada puedo decir acerca de las resoluciones que tome D. Carlos. Pero de todas maneras se aguardará para obrar *á que se haya ratificado la paz*, es decir, á que ésta sea un hecho.

«Las noticias de levantamiento de partidas carlistas son falsas.»

¡Cielos! La noticia está copiada de un periódico de Agosto de 1898. ¡Pero cómo progresa esta España! ¿Cuándo, cuándo se levantan los curas?

Aires nacionales.

Ha sido condenado en consejo de guerra á la pena de dos años, cuatros meses y un día de prisión, más 500 pesetas de multa, D. Mariano Rodríguez Maza, redactor de *La Escoba*, el cual ha ingresado en la Cárcel-Modelo.

Y en la cárcel sigue Lerroux.

¿Porqué un órgano tan compasivo como *El Correo* no pide que ahorquen á esos dos periodistas, y que nombren Consejero de Estado al ordenanza de correos que se dedicaba á robar paquetes de periódicos entre ellos los de VIDA NUEVA? Eso sería proteger de verdad á la prensa honrada y sin *Balances* ni balancines.

¡Ay! ¡Cómo están los *Correos* y *El Correo!*

Nuestra buena educación. Modelo de policía en la Era *del Correo* es decir de *El Mico*.

El día 31 del pasado fué atropellada en la calle de Alcalá, esquina á la de Sevilla, una señora anciana llamada doña Francisca de las Mulas, por un mendigo muy conocido (!) que hace algunos años pasea su embriaguez crónica (como otros varios) (!!) por las calles más céntricas de Madrid á ciencia y paciencia de las autoridades, que consienten estos espectáculos impropios de una población culta.

La prueba de las consecuencias á que puede dar lugar tan censurable abandono, es que la víctima no pudo ayer acudir al juzgado municipal del distrito de Buenavista, que entiende en el asunto, por no estar curada de las contusiones que sufrió en el atropello.

Nuevo y glorioso calendario español según *El Imparcial*.

Efemérides

1492.—3 de Agosto.—Media hora antes de salir el sol partía del puerto de Palos y se situaba en la barra de Saltes, continuando poco después su viaje, la flotilla en que Colón descubrió América.

1898.—3 de Agosto.—Se comunican oficialmente á la prensa norteamericana las condiciones que impone el presidente de los Estados-Unidos para conceder la paz á España.

Entre ellas figura el abandono de la soberanía de España en Cuba y la evacuación inmediata de la gran Antilla.

Luminarias por nuestras victorias:

Córdoba (10 noche).

Esta tarde se ha celebrado la becerrada con que Guerrita obsequiaba á los socios del Club de su nombre.

En ella han lidiado varios aficionados del *Club Guerrita* cuatro vacas bravas y dos hermosos novillos.

Barrionuevo despachó al primero demostrando grandes condiciones (!!) al trastear de muleta.

Durante toda la tarde hubo bromas propias de esta clase de fiestas.

La de hoy ha dejado tan satisfechos á los espectadores, que no piensan en otra cosa que en que se repita pronto. Seguramente que no piensan en otra cosa.

San Sebastián 10, (2 tarde).

Un día de estos se verificará la becerrada con que obsequia el Sr. Marqués de Tovar á sus amigos. Torearán varios distinguidos aristócratas.

¡Que vivan los *Roug riders* españoles!

S.

Á UN POETA

El regalado ritmo de tu estrofa
Llegó á mi corazón, noble poeta,
Grabando en él, con su buril de fuego,
La música y la luz y los colores
De nuestra esplendorosa Andalucía.
¡Oh, qué inefable gozo invade al alma
Con la dulce *Canción de las estrellas*,
Donde palpitan todos los rumores
De la tierra natal, y luminosos,
Cual bandada de nítidas palomas,
Surgen aleteando los recuerdos
De tu alma soñadora noble y pura!
¡Cuánto debe á tu musa rutilante
El angustiado pecho que aquí gime
Entre el insano estruendo de la corte,
Que enerva, oprime y aniquila y mata!
Ella á purificar llega el ambiente,
Cargada de los béticos perfumes,
Y á iluminar los grises horizontes
Con la luz de aquel sol, por cuyas hebras
Llega al humano corazón la vida
Y á la mente su fuego generoso.
El aura embriagador de aquellos campos
Que cantas, con arpegios de las aves,
Se aspira delicioso en la lectura
De tus brillantes versos, que derraman
En cascadas de lumbre la poesía.
Por ellos pasan en tropel radioso,
Esparciendo perfumes y colores,
Las rosas de los cármenes floridos
De la oriental Granada, que en las ondas
De plata del Genil van á tus lares
A coronar la frente de tu musa.
Ellos llevan espumas y rumores
Del mar que deja su incesante beso
—Como en los pies de la Citérea Diosa—
En la playa feliz de la Caleta,
Y el dejo dulce de los zumos gratos
Del moscatel purpúreo que circula
De Málaga la bella por las vides:
El himno triunfador que entona el Betis
Al derramar sus aguas cristalinas
Al pie de limoneros y naranjos,
Que festonan, á guisa de guirnalda,
La túnica de luz y palmas de oro
Con que Sevilla la sin par se viste;
Y los puros olores de la sierra,
Atalaya de Córdoba, vigía
De los ricos pensiles andaluces.
¡Todo, todo va en ellos; la amorosa
Canción de la guitarra que suspira
Cabe los hierros de moruna reja,
Y las arrulladoras serenatas
Con que alegran los dulces ruiseñores
Las deliciosas siestas de la umbría;
La mujer luminosa como el astro,
Y el ático galán gallardo y fiero;
De la alondra impaciente el dulce trino
Al alba, ante el incendio de la aurora
Y el fuego de la lumbre meridiana,
Y los tules opacos del crepúsculo,
Y el inquieto brillar de las estrellas,
Y las luces de plata de la luna!
¡Ah, que en tu lira de oro vibran todos
Los acentos dulcísimos que cantan
El himno á la inmortal Naturaleza,

© Biblioteca Nacional de España

Y al iris le robaste los colores
Que bullen fulgurantes por tu estrofa
Como en crisol hirviente los metales!
¡Salve! ¡Salve, poeta, que tu musa
Vierte la rica luz en que se envuelve
—Disipando las brumas del espíritu—
Sobre el alma avarienta de alegría,
Y nuncio de esperanza seductora
Incendia el corazón y alumbra el suelo
Con los brillantes rayos de la aurora!

J. JURADO DE LA PARRA.

Otro Obispo

También el de Tarragona ha tenido la bondad, que le agradecemos mucho, de prohibir la lectura de VIDA NUEVA á sus diocesanos.

Parece mentira que hombres avezados al confesonario y que empezaron su carrera conociendo el interior de las conciencias, no hayan aprendido que aquello que se prohibe es lo que más se desea. Esto es esencialmente humano.

¿Es una campaña eclesiástica contra VIDA NUEVA la que comienza?

Venga en buen hora; y al Arzobispo de Tarragona contestaremos como al de Sevilla.

¿No ha de haber entre los cinco millones de españoles que saben leer (pues hay once millones que no saben) siquiera treinta ó cuarenta mil independientes y que no quieran someterse á la tiranía de los intransigentes prelados?

Pues para esos escribimos y esos estarán con nosotros. Y cuando repasen nuestra colección y vean que no hemos atacado la religión ni discutido ningún dogma, vendrán con ellos los cristianos sinceros que no quieran depender de la voluntad de dos obispos, empeñados en que sus diocesanos no lean un periódico sinceramente liberal y con puntos de vista modernos.

Quédense en su rincón los ignorantes ó los espíritus esclavos de lo que manda el *Boletín Eclesiástico* de cada provincia. Para que VIDA NUEVA viva, le bastan el apoyo y la cooperación de los espíritus independientes, y todavía hay en España más de los que parece.—**E. B.**

DE RE LOGICA

Los sofistas

Es una creencia muy extendida, aun entre el vulgo de los intelectuales, que el calificativo de sofista es un mote denigrante. No es así, y para demostrarlo he de recurrir á la Historia y he de establecer el significado de las palabras «sofisma» y «sofista.»

Sofisma es toda razón ó argumento aparente con que se quiere dejar demostrado *lo que se sabe que es falso.*

Sofista llamaron los griegos de los tiempos clásicos á todo pensador, maestro de sabiduría práctica, que enseñaba el conjunto de lo que debía saber un griego bien educado, ganoso de obtener los primeros puestos.

Dícese del marqués de Mún, padre del célebre académico de ese nombre, que habiendo notado facilidad de palabra en su hijo desde los más tiernos años, se le ocurrió desarrollarle esa facultad, obligándole cada vez que el muchacho hacía una diablura propia de su edad á que pronunciara un discurso demostrando, ó intentando demostrar, su inocencia, y si el rapaz no estaba inspirado lo dejaba sin postre.

Si esto es verdad, no es extraño que el futuro marqués saliera un sofista consumado, pero un *sofista* en el mal sentido del vocablo, en el sentido de amparador de sofismas, es decir, *defensor á sabiendas de lo falso.*

No fueron los sofistas griegos Hippias, Georgias el leontino, Pródico de Ceos, Eutidemo de Chio, Protágoras de Abdera y Diágoras de Melos, cerebros que defendieron á sabiendas el error; fueron sencillamente escépticos y éstos los ha habido en todo tiempo. Entonces, porque habiéndose combatido encarnizadamente los materialistas de la Escuela Yónica y los idealistas de la Escuela Itálica, sin que los eclécticos Anaxágoras de Clazomene y Empédocles de Agrigento lograran conciliarlos, tenía que surgir el escepticismo.

En plena escolástica, en medio del fragor de la lucha monacal entre los realistas de San Anselmo, los nominalistas del monje Gaunilón y el canónigo Roscelin, los conceptualistas de Pedro Abelardo, los tomistas, escotistas, ockamianos, etc., también tuvo que surgir dicha escuela; y, ahora, en este final de siglo, como en todos los tiempos de renovación, cuando se buscan nuevos ideales capaces de reavivar el entusiasmo de la Humanidad con un nuevo Renacimiento, no podían faltar los escépticos y, desgraciadamente, pero sirviendo á la ley del progreso, ellos informan la general tendencia de las ciencias y letras.

La filosofía de los sofistas, por lo menos la de Protágoras, el más célebre de todos ellos, estaba caracterizada por estas dos tesis:

1.ª El hombre es la medida de todas las cosas *(homo mensura veri)*, de las que son, en tanto que ellas son; de las que no son, en tanto que no son.

2.ª Las aserciones diametralmente opuestas son igualmente verdaderas.

¡Qué atrocidad! ¡Qué *sofisma!*, quizás exclamará en seguida todo el que las lea, refiriéndose indudablemente á la segunda.

Examinemos esas afirmaciones de Protágoras:

La primera no extraña de seguro á los filósofos modernos; es una consecuencia del criticismo de Kant y, más aún, de aquel principio aristotélico: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu.* Si nada hay en la inteligencia que antes no haya entrado por algún sentido, ¿qué tiene de particular que las cosas las juzguemos tal como las aprecian nuestros sentidos, si por ellos recibimos los únicos datos?

Con la segunda tesis nos reconciliamos inmediatamente si se la precisa como lo exige el sistema de Protágoras, añadiendo: «en el espíritu de dos individuos diferentes.» Y se ve que es una consecuencia lógica de la primavera.

Dicho filósofo, pensador sincero, jamás afirmó como falsa y verdadera á la vez, la misma aserción en boca de un mismo individuo. Sostenía que á cada aserción de una persona se puede, con derecho igual, oponer la aserción contraria de otra persona.

Los cerebros de esas dos personas no son celularmente iguales; han almacenado *motivos* diferentes, y es natural que opinen de diferente manera y que para cada uno sea verdad lo que él sostiene. Es más, nada tiene de raro que una misma persona opine de distinta manera respecto de un mismo asunto en las diversas épocas de su vida: el cerebro del niño no es igual en aquel concepto al del adulto ni al del viejo; también recibe otras sensaciones y se nutre con otra intensidad y casi de otra manera (involución, estacionamiento, regresión).

En vista de esto, ¿qué criterio quedará para conocer lo mejor, para apreciar la verdad? La ciencia moderna es consecuente y lo es la verdadera democracia; será lo mejor, será más verdad aquello que tengan como tal los más y los mejores; de aquí *el sufragio universal.*

Cuando éste sea verdad en la práctica se acabarán muchos sofismas, *las mentiras convencionales* que dijo Max Nordau.

SALVADOR **V. DE CASTRO.**

Barcelona

Las fábricas se cierran, millares de obreros se pasean por la Rambla; estamos en Agosto, dentro de mes y medio hará frío y hambre, y el Gobierno les dice á los representantes de Cataluña que encarguen á sus diputados la gestión de los asuntos.

Y ¡es claro! como los diputados son todos encasillados, cuneros, intrusos y abogados de secano, los catalanes no quieren reconocerlos como apoderados; y las fábricas se cierran y los obreros se van quedando sin trabajo, y el hambre no tiene espera.

D. Práxedes, en vez de ir á la Moncloa con el yernito, lléguese usted á la Rambla, vaya usted á matar los toros en la cara, que lo que se hizo en San Gil se puede hacer en *San Gervasi.* ¡Vaya usted á torear, que hace falta!—**B.**

La tribuna y la brecha

Hay una frase que sintetiza nuestra realidad desconsoladora, y una idea que llena por completo nuestra imaginación. En el fondo del pensamiento, algo que se revuelve airado pregunta con ansiedad: ¿No hay esperanza? Y la palabra entonces escapándose involuntariamente de nustros labios murmura con desaliento: ¡No! Este es un pueblo de momias á quienes un milagro de equilibrio mantiene en pie; probad con el látigo y no veréis que se estremezca un sólo músculo; probad con el sable y veréis que su hoja hiende un cuerpo sin que turbe el silencio una sola protesta.

Esta nación necesita la paz, porque es el único ambición que puede existir en los [illegible]; hablamos del honor, porque necesitamos de la gloria de lo pasado; el porvenir no nos pertenece; la vida es un día coronado por un sol pálido como nuestros semblantes, y sin fuerza como nuestras almas; el rumor de las horas que pasan se pierde en el ruido de nuestros bostezos y de nuestras manos adormecidas, porque en sus venas no circula la sangre; se escapan y ruedan por el polvo los cetros y las plumas, las carteras ministeriales y los tirsos de cascabeles, símbolos de una época grotesca que se pierde ya. Nuestro pecho angustiado, jadea buscando el aire de la tempestad y la ráfaga del turbión; parece que en el horizonte se forma una nube, que resurge la vida, que germina otra sociedad, y nuestros ojos dilatados por la sorpresa, ven ciudades encantadoras, bosques cuya sombra gratísima no la dan árboles seculares, sino árboles nuevos, repletos de savia que mana por sus ramas y sus cortezas; parece, en fin, que, obedeciendo al conjuro mágico de la necesidad, hombres nuevos también deslumbran al mundo con los rayos de su inteligencia y de su entusiasmo.

¡Ay! Es en vano esperar; nubes, ciudades, árboles, hombres y reformas, no llegarán tal vez; esa nube es el espejismo que disfraza un instante la serenidad de los cielos, bajo los cuales sólo se dilata el suelo rojizo, el desierto limitado de nuestro infortunio.

Dos medios pueden salvar á las naciones decadentes; la tribuna y la brecha; para subir á la tribuna nos falta corazón, y para resistir en la brecha nos inutiliza la pérdida de sangre.

Además, á ese sitio sagrado, erigido para ser el Sinaí de la voluntad nacional, no se llega en España sino con el paso trémulo de la vejez, cuando el espíritu zozobra acosado por las incertidumbres del porvenir y acosado por los temores del presente, y cuando el cuerpo, ahorquillado por la edad, no busca los puestos altos en que se defiende la vida, sino el hueco donde se ha de dormir para siempre. ¿Cómo pueden descubrir una aurora los ojos enturbiados por las cataratas ó sentir agolparse en el corazón y el cerebro la sangre que necesitan tonificar para que les permita vivir?

Para que un estado sea dichoso, no puede menos de ser ingrato eligiendo á los hombres que le han de goberuar, no por las tradiciones que tengan como gobernantes, sino por los beneficios seguros y rápidos que puedan aportar á la nación en los momentos críticos. ¿Dónde están los hombres que pueden salvarnos? ¿En qué partido, en qué agrupación, en qué bando? Hace poco hubo Cortes. ¿Qué orador se levantó allí para explanar ideas redentoras en vez de perder el tiempo en dirigir inculpaciones? ¿Qué nuevo Castelar subió á la tribuna para marcar con su elocuencia los derroteros de la patria? ¿Quién pudo decir, como Aparisi y Guijarro, que *levantaba en alto el corazón para que la calumnia pasara sin herirle?* ¿Dónde está el orador enérgico, identificado con el país, hasta el punto de personificarle como O'Connell personificó á Irlanda? Cuando apremiaba la necesidad de la guerra, antes de que se aprobaran los nuevos impuestos, cuando la suscripción nacional era una esperanza que poco á poco acopiaba los recursos del patriotismo de los pobres, ¿qué orador del pueblo se levantó á tronar, como Danton, contra los potentados indiferentes?

El transcurso de unos cuantos años ha sido suficiente para secar en España el único germen que quedaba de su grandeza: el patriotismo. Si nuestros antepasados tuvieron por divisa *Patria y honor*, la que tenemos hoy es mucho más práctica, y dice: *Cada uno para sí.* Entre nosotros no puede haber igualdad, porque el orgullo nos arrebata; no puede haber libertad, porque no sabemos para lo que sirve, ni fraternidad, porque vivimos aislados, despreciándonos por antipatía y sin razón, y odiándonos con el peor odio, que es el que produce la envidia ruín; hemos creído que el ingenio se traducía en la frase banal, cuando no inculta; que los alcances de la política se reducían á las combinaciones de los partidos; que representar á la opinión en la prensa consistía en verter en el periódico el encono privado; que moralizar á la sociedad era divertirla con los chistes del teatro por horas; y así, paso á paso, descoyuntando todo el organismo desde la cabeza á los pies, hemos llegado á convencernos de que por los errores de los hombres, la nación más grande y con más derecho á medrar, puede llegar á la puerta del ridículo.

¡Oh! En nuestros oídos forman contraste horrible dos gritos que suenan: el de la antigüedad, que ruge: *Antes que entregarse, morir;* y el de nuestra pasividad, que murmura: *Esto no tiene arreglo.* Es la voz general.

El cáncer ha llegado á la víscera, el pueblo á la atonía; el cíclope se acaba de cruzar de brazos esperando la muerte.

Todavía puede haber salvación.

Únanse los jóvenes y defiéndanse de todas las tentaciones de los partidos viejos. En colectividad podemos hacer mucho. Dejándonos sugestionar por antiguallas políticas, nos iremos perdiendo uno á uno como las gotas de lluvia en la mar.

Vengan programas nuevos, ideas buenas y buena fe absoluta.

Entonces surgirá la idea que alumbre nuestro primer día de ventura; si no, brillará otra luz en el horizonte, que no será siquiera el fulgor de los cañonazos que defiendan nuestro derecho; serán los cirios fúnebres encendidos por la fatalidad para iluminar el cadáver descompuesto de nuestra patria, y sobre ese cadáver no descenderán lágrimas, sino buitres.

LEOPOLDO **LÓPEZ DE SÁA.**

Los amos

Hay en Alemania unos cincuenta propietarios que lo son, cada uno, de 10.000 á 20.000 ha. Veintiuno que poseen individualmente de 20.000 á 30.000. Dos que tienen 45.000 el uno, 66.000 el otro. Pero los dioses mayores no son todavía esos: son los quince señores siguientes cuyos nombres y cuyas «cifras posesorias» merecen citarse para admiración del mundo entero.

De los menos afortunados son el príncipe de Fugger dueño de 110.000 ha. únicamente y el de Wied que no cuenta más de 120.000. El duque de Natibor, el de Leuchtenberg, el príncipe de Lowenstein-Wertheim-Rochefort y el de Bentheim-Steifurt poseen 140.000 ha. cada uno; el príncipe de Laisange sube hasta 160.000 y el de Pless á 165.000. El duque de Tailleyrand-Perigord y príncipe de Sagan, prócer, semi-parisién, semi-berlinés, muerto hace un par de meses, deja á su hijo, que ha sido uno de los reyes de la moda en París, 205.000 ha. en Prusia. El príncipe de Salm-Salm es dueño de 220.000. El de Furtenberg, de 275.000; el duque de Brunswick de 1.000 más que el anterior. El príncipe de Turn y Taxis se planta en las 300.000 redondas y cabales, quedando distanciado por su primo el duque de Arenberg que posee 321.000. Pero el record de la propiedad territorial lo gana con inmensa ventaja sobre todos sus rivales el príncipe de Wiltgenstein que cuadruplica casi el precedente. En efecto: ese Creso del terruño se permite llegar hasta la cifra fantástica de un *millón doscientas veinte y nueve mil hectáreas.* Sumadas esas cantidades arrojan, si no me equivoco, un total de 3.930.000 ha. y como la superficie territorial de Alemania es, según creo recordar, de unas 54.060.000 ha. aproximadamente, puede el lector aficionado á matemáticas echar el cálculo correspondiente acerca de la enormísima proporción que representan las propiedades de esos quince señores dentro de la propiedad general germánica.

Si tenemos además presente que los otros grandes propietarios—aunque inferiores á los 15 pontífices máximos—reunen entre los sesenta y cinco que forman el segundo Estado Mayor, cosa de 1.400.000 ha.; si sumamos la cifra de propietarios por un lado y el de sus propiedades por otro, resultará que 88 personas son dueñas de 5 millones y pico de ha., ó sea de una décima parte de Alemania entera. Ante la elocuencia de estos números ¿hay necesidad de insistir acerca de la extraordinaria influencia que ejerce ese feudalismo á un tiempo aristocrático, militar y territorial?... ¿Hay que maravillarse tampoco de que en aquella organización medioeval crezca tanto el partido socialista?...

LA LIBERTAD

Tiene un colega razón:
aquí se puede jugar,
pedir limosna en manadas,
vivir en comunidad
las rameras y los vagos,
no poder de noche andar
sin oir en las tabernas
hablar á gritos y mal;
se puede ser timador,
borracho, ladrón, rufián,
no dejar dormir á nadie
y hasta el alba trasnochar
el Madrid de los milagros
y la canalla procaz;
todo está aquí permitido
tan sólo no hay libertad
para juzgar al Gobierno
para sentir y pensar.
¡Y á este Madrid licencioso
preside feliz y en paz,
el irreemplazable jefe
del partido liberal!

E.

Consulta pública

¿Que hacer de los viejos?

Con este mismo título publicó hace pocos años un folleto cierto sabio inglés, oriundo de Alemania, el ilustre orientalista é insigne profesor Max Müller.

Y no cito este nombre por el ridículo prurito de erudición extranjerófila, que nos asalta en España, sino porque cuando en naciones jóvenes, vigorosas, que marchan á la cabeza del progreso intelectual, se proponen ese problema y les asalta esa duda á pensadores ilustres, ¿qué ha de acontecer á los espíritus menos cultivados de un país viejo, caduco, cubierto de roña intelectual y físicamente empobrecido, como es el nuestro?

¿Qué hacer de los viejos? Hé aquí una pregunta que puede presumirse que encierra un fondo de enorme egoísmo, pero que puede inspirarse también en la más ardorosa piedad, en los más delicados sentimientos del corazón.

¿Para qué sirven los viejos, árboles lozanos que un día cubrieron sus copas con la pompa de hojas y de flores, que maduraron el agrio fruto después, y hoy caducos y secos sus troncos rugosos, parecen tiritar con el frío precursor de la muerte?

El viejo tronco muerto, no sirve tan sólo para leña que fenece en el hogar, también se fabrica de él cruces que veneramos en los altares.

Pero, no divaguemos. Max Müller, no se plantea este problema poéticamente, como es probable lo hiciera cualquier pensador de nuestra raza, en las que es frecuente que el sentimiento se imponga á la razón.

Max Müller, hace un estudio breve, pero razonado y frío, del más temeroso problema, que se presenta en toda edad á las sociedades humanas; y sirve de preámbulo, y aun de índice, una curiosa excursión histórica en los pueblos orientales, de las que tan vasto conocimiento atesora.

En todos los pueblos las generaciones nuevas han empujado á las viejas, por ley ineludible de la vida, tratando de desposeerlas de los medios de acción, cuando el suelo no da lugar para plantar más tiendas. Pueblos salvajes existen aún, en los que torcido el sentimiento de humanidad, privan de la vida al que ya escasa utilidad puede prestar á los fines de aquel pueblo, la guerra ó el trabajo corporal.

Pero si en las sociedades más civilizadas no se llega á medios tan brutales é inhumanos de solventar el problema, han buscado medios análogos; y la interdicción de la vida social, el confinamiento, ó una especie de sucesión en vida, sirven de soluciones al problema capital.

Entre los indios, en los que principalmente se fija Max Müller, se usa ese medio: el hombre que ha rebasado la edad de la madurez, abandona los negocios, hace una distribución de sus bienes y de su poder entre sus descendientes, y se aisla en el desierto dedicando los últimos años á la vida contemplativa, meditando sobre la existencia ultraterrena de su espíritu.

Después de todo, esto mismo practicaron los romanos hasta cierta edad de su historia: y bien presente era en nuestra Edad Media esa especie de abdicación que hacía el padre entregando su espada, su poder, sus tierras á sus hijos, mientras él se retiraba á pasar el resto de su días en un monasterio, en vida recogida y devota.

Más acá pudiera servir como ejemplo el emperador Carlos V, retirándose á celebrar en vida sus funerales en Yuste.

¿Y en nuestras modernas sociedades? exclama Max Müller, que hace caso omiso de hechos aislados como el del octogenario Gladstone, retirado de la política, ó el del viejo canciller Bismarck, forzosamente jubilado.

En nuestras sociedades modernas, es todo lo contrario: cuanto más se avanza en la vida, cuanto más al fin de su forzoso derrotero se encuentra el hombre, parece que con mayor afán saborea la existencia tan seca y árida, con mayor encarnizamiento se lanza á la lucha del vivir, le duele soltar el poder que sus vacilantes manos apenas pueden retener, más ambicioso, más codicioso, más avaro, se muestra hasta que la muerte le sorprende crispadas las manos sobre el tesoro que deseara llevarse consigo.

¿No revela un egoísmo tan duro y frío como el de la generación que se le disputa?—dice el sabio profesor inglés.

¡Propiedad, riqueza, poder, sabiduría, para qué lo quieres ya viejo caduco, si tus pasiones están hartas ó yertas; si tu ideal está muerto en la conciencia social ó declarado utópico sueño; si tu misión en la tierra está cumplida y tan sólo te resta despojarte de estas bajas pasiones de la vida, purificar el espíritu en la meditación, en la soledad, y prepararlo para el tránsito á la vida ultrasensible!...

Pero no, la senectud se aferra más y más y disputa hasta sus últimos días, defendiéndose con sus gastadas ideas. Dirige rutinaria unos negocios que ya nadie entiende, predica unos vetustos ideales que ya nadie siente, acapara una propiedad que para nada le sirve, desprecia una nueva vida que apenas penetran sus cansados ojos.

Y en Política, en Literatura, en Derecho, en Ciencias engendra todavía obras, hijos de sexagenario, en que pone sus últimos amores; y esas obras de una edad agotada, tan sólo sirven para escarnio entre la nueva generación de los que fueron adorados ideales de la pasada.

Así, en vez de amor se engendra odio, en vez de respeto se gana menosprecio.

Ciertamente, si estas ideas han podido ser expuestas sin grave escándalo en un pueblo donde la tradición tiene tanta fuerza como la continua renovación de las ideas, que son las dos fuerzas sociales que aseguran el progreso sólido de un país; con cuánta mayor razón podrían aplicarse al nuestro, donde la tradición se ha convertido en rutina ciega, y donde toda tentativa de renovación se estrella contra una muralla de indiferencia ó provoca violentas crisis.

Max Müller se fija más concretamente en el orden familiar para aplicar su tesis: pero no pierden fuerza sus conclusiones, antes por el contrario, se robustecen, al aplicarlas en esfera más amplia de las colectividades humanas.

Fijémonos en la política de nuestro país, que al cabo la política es la dirección de la vida social, y veamos á la hora presente, tan triste y tan desoladora, una generación vieja que liquida su obra con una tremenda catástrofe nacional, y que, vacilante, torpe y sin pensamiento, todavía se resiste á soltar un poder que no sabe manejar, y del que ha hecho tan lamentable uso que puede decirse que le mata su propia obra.

Pensemos, abusando del viejo tropo, en un anciano marinero medio ciego y achacoso aferrado á la caña del timón de su nave desmantelada que arrastra el huracán entre arrecifes y bajos peligrosos.

Tal se nos presenta la generación que nos precede y todavía dirige los destinos del país; generación para la que parece dictada aquella acre frase de Mirabeau: *porriture avant mûrir;* cuyos frutos nacieron podridos.

Hija del viejo progresismo candoroso que engendró aquella joven democracia puramente retórica, ha hecho su camino, ha implantado sus reformas, obras de artificio cuyos cimientos son tan deleznables que al

DIONISIO PÉREZ

JESÚS

(MEMORIAS DE UN JESUÍTA NOVICIO)

IV.

Cerca de un mes estuve en la enfermería; doliente de espíritu, más que del cuerpo. Cuando bajé á clase y á recreo, parecía otro distinto; en la soledad de la enfermería, pasé muchas horas de tristes meditaciones; las palabras del padre Diéguez, zumbaban en mis oídos; un eco tenaz las iba repitiendo una á una, con la misma voz y entonación desesperada con que las pronunció mi director espiritual, causándome grandísima pesadumbre y desconsuelo.

El padre Prefecto, me llevó un día á su despacho para recomendarme á mi nuevo confesor. Era este un jesuíta francés, recién venido de Marsella, en una verdadera leva de padres de la Orden que habían huído de Francia por no sé qué temores y amenazas. Se llamaba Menard, y no sabía hablar palabra de castellano. Yo le había de acompañar todo el día, le ayudaría á misa, le enseñaría, ante todo, las oraciones en español, y luego el nombre castellano de cada cosa, hasta que pudiera ir entendiéndose con las gentes.

Al principio me resultaba muy entretenida mi nueva ocupación. El padre Menard tenía un rostro inexpresivo, rechoncho, los ojos apagados y la boca hundida, todo parecía serle indiferente. Se pasaba el día preguntándome: «¿Cómo se llama esto?...» «¿Y esto?» «¿Y aquello?» Y al día siguiente hacía la misma pregunta de las mismas cosas, porque el infeliz tenía una condenada memoria, incapaz de retener nada. Ayudándole misa noté que miraba demasiado á las mujeres, y á veces me preguntó si conocía yo alguna de ellas. Bien pronto me fastidió aquel oficio y comencé á tomar odio á mi director, sobre todo cuando me convencí de que diariamente daba cuenta al padre Prefecto de mis actos y palabras, y aun de los pensamientos que en el secreto de la confesión le revelaba.

Había sido yo hasta entonces fiel cumplidor de los deberes religiosos y buen creyente, pero mi fe comenzó á vacilar; me asaltaban extraños pensamientos; acometióme un deseo raro de analizar todas las cuestiones religiosas, y tuve horas de grandísima congoja, porque la duda hacía su nido en mi corazón.

Estudiaba ya Psicología y Lógica y nociones elementales de Ontología. Ponía nuestro profesor grandísimo empeño en que aprendiéramos el libro de texto de memoria, aunque no entendiésemos lo que decía, y nos prohibió que pidiéramos aclaraciones. El rigor del padre Velázquez, era en esto exageradísimo. Al recitar la lección habíamos de marcar las comas y los puntos, y citar el lugar donde estaban colocadas las notas que cada página tenía. No se nos debía olvidar ningún adjetivo ni adverbio, aunque no fuese necesario para expresar claramente las ideas, y no toleraba el uso de palabras sinónimas.

Este sistema de enseñanza era el único que en el Colegio se seguía, pero ningún profesor lo exageraba tanto. En las demás clases, el alumno querido y premiado era el de más feliz memoria, pero los que la tenían mala, eran tolerados y aprobaban curso.

Los alumnos se quejaban de aquella insufrible tortura, y un día de los muy raros y contados en que el padre Velázquez estaba de mediano humor, nos dijo:

—Yo no tengo la culpa, sino los Gobiernos liberales que han metido esta asignatura en el bachillerato. La psicología es un abismo que hay que bordear con la antorcha de la fe, para no caer en el fondo donde el infierno nos aguarda. ¡Y luego, con estos libracos de texto, medio herejes, que imponen los catedráticos del Instituto!... ¿Sabéis donde iríais á parar si os dejase rienda suelta en aprender y comentar lo que dijo Aristóteles ó Platón ó las burradas de Kant? Sí, burros, más que burros, herejotes condenados, toda una taifa de filosofillos pedantes, alemanes y franceses, que debieron ser quemados en vida y aventadas sus cenizas y malditos sus descendientes... Ya lo oiréis, cuando seáis hombres y vayáis á los Ateneos y los Congresos... ya oiréis hablar de Rabelais y Malebranche y Schopenhauer y Comte y Voltaire y Krausse, todos condenados, todos malditos, y sobre todo de Kant, el gran padre de la filosofía materialista y atea... ¡el grandísimo burro!... Burro, sí. ¿Qué creéis que entendía por alma? Pues decía que era una serie de razonamientos sucesivos. Y nada más. Esta es el alma, el yo; una cadena de ideas, sin Dios creador, sin espíritu inmortal, sin pecado de origen ni redención en la otra vida, ¿habéis oído nunca una cochinada más grande?

Y el padre Velázquez, como siempre que terminaba una de sus peroratas, llenas de palabras y frases groseras, daba puñetazos en la mesa con tal saña que no parecía sino que descargaba sobre la cabeza de Kant y las de toda la taifa de filosofillos herejotes y ateos y condenados y malditos.

—¡Qué psicología ni qué gazpacho!, continuaba vociferando. Doctrina cristiana os daría yo; Astete á todo pasto y seríamos los más sabios del mundo y aunque no lo fuérais tendríais toda la ciencia que hace falta para ganar el cielo.

Con el raro poder de esta gárrula oratoria, el padre Velázquez avivaba briosamente la curiosidad que en nuestros espíritus había encendido el enrevesado libro de texto con sus disquisiciones sobre Dios, la inmortalidad, etc., etc. Un día, en el recreo, varios de la clase discutimos acaloradamente estas cosas y el que no se declaró ateo de solemnidad, expuso que tenía sus dudas y resquemores sobre la existencia de Dios, del cielo, del alma...

Salvador era de los que más hondamente sufrían esta crisis espiritual. Su temperamento nervioso, impresionable, era terreno bien abonado para que la duda y el descreimiento germinaran. Su clarísima inteligencia, contribuía á la tremenda lucha con ideas y razones nuevas y el pobre estaba excitadísimo y muy preocupado.

Una tarde, en el recreo, apartándome de algunos compañeros que conmigo paseaban, me dijo:

—Sufro mucho; de día me siento escéptico, veo con toda claridad que la religión es una farsa y gozo indeciblemente contemplando mi razón libre; pero, de noche, querido Jesús, cuando recuerdo las oraciones que mi madre me hacía rezar al acostarme, se me aparece la imagen de la Virgen de los Remedios, que escuchó mis rezos de niño, y me habla y me dice cosas, de tal ternura y sentimiento que el sueño huye de mi celda y la aurora me sorprende con los ojos llenos de lágrimas.

Yo no había llegado á sentir tales inquietudes. La mayor pasividad de mi espíritu me defendía, pero recordaba frecuentemente las palabras del padre Diéguez: *Esta no es la religión de Cristo*, y pensaba que con un arreglo que cualquier Papa reformista hiciese, quitando al culto su mundano y terrenal aparato y arrancando al común de los fieles su torpe intransigencia, la Iglesia quedaría como nueva y habilitada para vivir unos cuantos siglos más.

No sé cómo hubiera terminado el cisma, si un soplón, —que allí todos lo éramos, —no hubiera puesto en autos al Rector de lo que ocurría. El padre Velázquez, cuando lo supo, nos puso de cerdos y cochinos y burros, que no había por donde cogernos, á pesar de que todos negamos la irreligiosidad de que se nos acusaba. Hicimos confesión general, comulgamos en misa solemne, soportamos una porción de penitencias espirituales; se ordenó que Salvador y yo marchásemos en seguida al Noviciado, y los restantes heresiarcas no sólo no soportaron castigos corporales, ni privaciones de recreo ó merienda, ni reclusión sino que en pocos días fueron hechos Cónsules de Roma y Cartago unos, jefes de filas otros y dignidades de las Congregaciones.

Todos estos cargos y jerarquías eran un hermoso procedimiento para excitar la vanidad de los muchachos, porque el que menos tenía en las bocamangas del uniforme azul marino un galón de oro ó plata de dos pulgadas, en el cuello una ancha cinta de moaré de vivos colores sosteniendo una medalla, en la cintura un fajín como los generales y cruzando el pecho y la espalda una banda como la de las grandes cruces.

No los destinados á ser novicios, sino los internos, hijos de familias ricas, que andando el tiempo tendrían gran posición social, encontraban en el Colegio, en lugar de ejemplos de humildad cristiana, motivos para acrecentar la vanidad y soberbia que por influjo de la sangre y de su educación primera ya tenían al ser entregados á los jesuítas.

Recordaré siempre que en el mes de Mayo, hacíamos de noche, con toda solemnidad y aparato, los cultos á la Virgen. Lucía la efigie de la Purísima en el altar, rodeada de flores y de millares de luces. Los alumnos concurríamos con todas nuestras cintas, bandas, medallas, galones y fajines, y nos agrupábamos junto á los estandartes de las tres Congregaciones á que estábamos afiliados. Cuando terminaban los rezos del mes de María, la orquesta, numerosa y bien acordada, entonaba la Marcha Real española. Atravesábamos los alumnos, en dos filas, la iglesia por en medio del numeroso concurso de fieles que absorto nos miraba; marchábamos lentamente, marcando con el paso los acordes de la música, entonando un himno que comenzaba: «*Viva María...*,» en el que no había palabra que se refiriera á los Reyes, que tienen el privilegio de oir aquella Marcha española. ¡Los externos, los hijos de las familias pobres de la localidad, que sólo concurrían á las clases y á los cultos, formaban un pelotón abigarrado allá en el fondo de la iglesia, junto al público, y salían sin uniforme, ni cintas, ni medallas, cuando ya habían cesado los sones de la orquesta y los sacristanes apagaban apresuradamente las velas en el altar mayor!

(Continuará.)

© Biblioteca Nacional de España